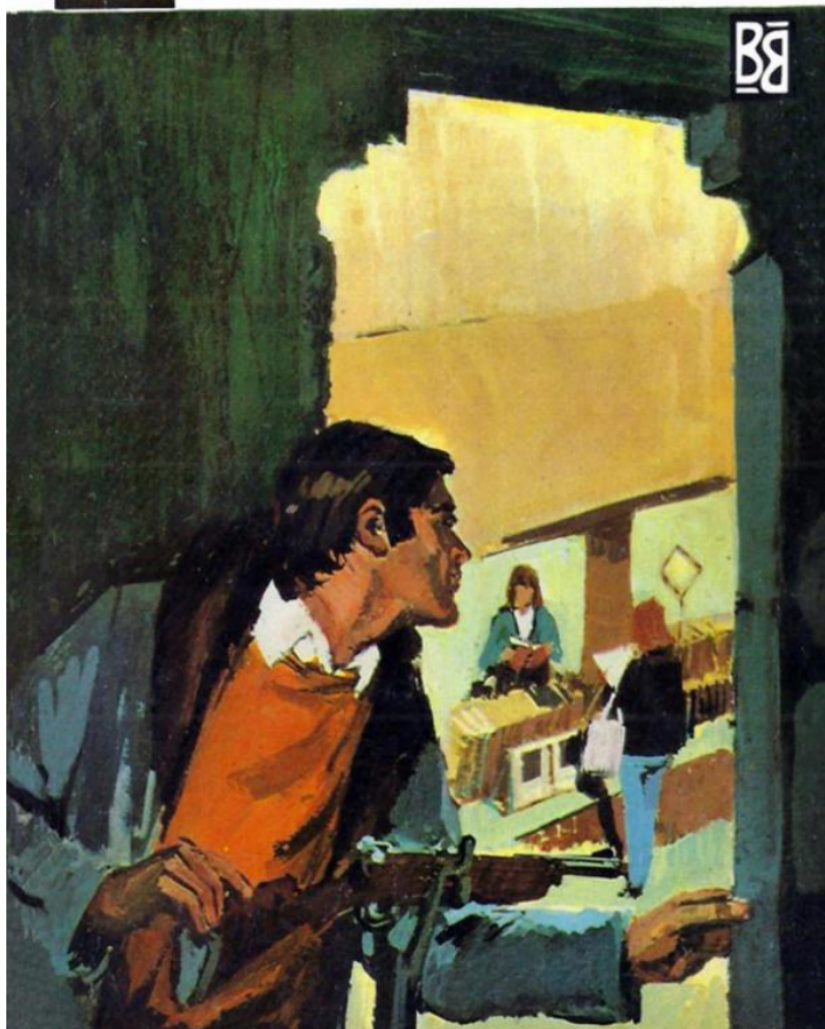


PUNTO
ROJO

el libro de las 1.001 muertes

peter debry

B&B



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

EL LIBRO DE LAS 1001 MUERTES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 350
Publicación semanal
Aparece los **SÁBADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Dépósito legal: B 38.791-1968
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición: enero, 1969

© PETER DEBRY — 1969
texto

© DESILO — 1969
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

983 - Aprender a no morir.

En Colección SERVICIO SECRETO:

957 -Hace falta un muerto.

En Colección BÚFALO:

783 - Hijos de la pólvora.

En Colección CALIFORNIA:

623 - Tiros por la culata.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614 - Legionarios del "Colt".

En Colección COLORADO:

462 - Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

345 - La banda de los horripilantes.

En Colección ASES DEL OESTE:

374 - "Kentucky Joe".

En Colección BRAVO OESTE:

413 - Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

552 - Matón provisional

CAPÍTULO PRIMERO

Max Jarnac bajaba por los Campos Elíseos. Los primeros fríos invernales caían de un cielo plomizo. Hundió más su gorro de astracán negro, abrochándose hasta el cuello su canadiense.

Avanzaba por la acera derecha, la que él llamaba «acera de la muerte», la de los números impares. Bajo la axila llevaba un portafolios que concedía seriedad a su silueta juvenil. Era su pantalla.

Le molestaba ostentar su forzosa ociosidad y aquel portafolios daba aspecto de entrevista de negocios a las citas con Denis, alias el «Tuerto», también apodado el «Tártaro».

El constante ir y venir de los transeúntes no ofrecía más que una seguridad ilusoria. Jarnac olfateaba el verdadero peligro en la cita con Denis, elemento de enlace con una organización desconocida.

Una organización que necesitaba excombatientes, hombres inadaptados, hombres que no sabían regresar a la vida normal. Gente como Denis, que había perdido un ojo en Indochina y un pulmón en Argelia.

O como el propio Jarnac que, tras su servicio militar en Argelia, combatiendo en los feroces comandos de Massu, se había enrolado años después como mercenaria en el Congo.

En el lugar convenido esperaba Denis embutido en grueso abrigo oscuro, hundido el mugriento sombrero hasta las cejas. Gafas negras escondían el ojo reventado por un casco de metralla en Diem Bien Fu.

Cyr Denis, de nacionalidad indefinida, proseguía su profesión guerrera en plan privado y secreto, con un salario de comandante legionario. Su otro ojo veía muy bien, desde lejos. Reconoció a su mercenario Jarnac que acudía por entre la muchedumbre del mediodía. Denis mandaba en otra media docena de mercenarios. Dos de ellos habían muerto, víctimas de su propia torpeza.

El tercero se enmohecía en presidio, por un fallo muy personal. Mantenía un honroso silencio. Ésta era la cualidad principal de aquellos desgraciados desesperados, meditaba Denis viendo acercarse sin prisas a Max Jarnac.

Tenían a honor nunca delatar. El cuarto mercenario se había retirado por culpa de una mujer bonita y plantaba coles en una ignorada aldea del sur de Francia. Parecía ser que era casi feliz.

Solamente le quedaban a Denis dos tiradores: Jarnac y Flambel, que no se conocían mutuamente. Iban a entablar relación dentro de poco y Denis padecía pensando que se veía obligado a emplear toda su fuerza de choque en una operación de la cual no sabía casi nada.

Jarnac se detuvo un instante al otro lado de la calle, tras un grupo de peatones que esperaban la luz verde para poder atravesar. Por encima de las cabezas veía al «Tártaro», apostado ante la fachada del Cine Elíseo.

El negro mostacho con guías caídas daba aspecto cruel al semblante de Cyr Denis.

Jarnac se preguntaba a veces cómo aquel cuarentón fornido podía escapar a las emboscadas con una fisonomía tan llamativa. El secreto de la larga impunidad debía residir en el derroche de precauciones que Denis se imponía en todas las etapas de su tarea de intermediario.

El cigarrillo era una de sus precauciones.

Apagado, se le podía abordar sin riesgo superfluo. Encendido, valía más pasar de largo sin volver la cabeza.

Una sola vez Jarnac había quebrantado por distracción la consigna.

Y recibió una bronca incisiva, muy estilo Legión Extranjera:

—«Es usted un impetuoso imbécil, Jarnac. Alguien me ha seguido y nos está acechando tras los cristales de aquel “403” negro. Nunca hay que enseñar la cara a la gente que necesita un excombatiente buen tirador y de nervios sólidos. Puede ya estar bien seguro, mercenario Jarnac, que su guapo hocico ya ha sido retratado. Para esta vez, otro hará su misión. ¡Media vuelta y váyase al infierno!».

El semáforo de la calle Pierre-Charon pasó al verde de peatones. Denis alzó negligentemente la zurda enguantada que sostenía un cigarrillo apagado. Hizo ademán de buscar en torno a un fumador.

Max Jarnac aproximándose presentó su encendedor. Se hallaban lo bastante cerca, para poder hablar sin alzar la voz. Inexpresivo el semblante, Denis exhaló primero una bocanada de humo. Un rostro muy inexpresivo porque el ojo válido ocultaba su color tras el antifaz de las gafas antisolares. Masculló Denis:

—Está muy retrasado, muchacho. Llevo casi una hora de plantón delante de este condenado esperpento.

Con la barbilla señaló algo a espaldas de Jarnac que miró por encima del hombro: un gigante de cartón y plástico amenazaba a la muchedumbre con dos enormes pistolones. Prosiguió Denis:

—Mi conciencia no me reprocha nada, pero este mascarón empezaba ya a caerme gordo. ¿Tuvo un buen viaje, Jarnac?

—Peores los hice. En pie en el pasillo desde Nantes y nevó toda la noche entre Lyon y Limoges.

Fueron subiendo hacia la Plaza de l'Etoile, siguiendo el borde de la alameda para aislarse. El excapitán de la Legión, avanzaba con paso marcial, y su blanco bastón de pseudo-ciego, martilleaba en el suelo la orden del día.

—Una misión que le proporcionará la paga máxima. Pocos riesgos. Todo está previsto para evacuar rápidamente el personal del terreno de combate.

—¿Aunque la acción fracase?

—Aunque fracase. Pero, entre nosotros, no confíe demasiado en una retirada fácil. Haga su trabajo con pupila, garantizándose la retirada. Es el mejor sistema para contentar a la organización. Es usted un joven decidido, frío, sin odios ni vicios. Con usted, estamos casi seguros de que no habrá nunca fallos.

—Agradezco el buen concepto en que me tiene.

La seriedad con que hablaba Jarnac impedía saber si poseía una ironía muy íntima o expresaba la verdad.

Afirmó Denis:

—Lo que más aprecio en sus actuaciones es sobre todo, su desaparición instantánea. Tras haber funcionado eficazmente, regresa usted a su rincón lejano como una buena espada a su funda. Hasta la próxima vez.

—Ya no habrá próxima vez. Acabo de recorrer ochocientos kilómetros en plena noche, en un tren frigorífico, para anunciarle que ya no debe contar más conmigo.

Denisladeó un poco el perfil de ave de presa.

—¿No hablará usted en serio, supongo?

—Un bromista habría dejado sin respuesta su telegrama y no hubiese venido. La prueba de que hablo en serio, es que estoy aquí. Me gustan las situaciones claras y prefiero que cortemos los puentes de común acuerdo. De este modo, nos aseguramos no perjudicarnos mutuamente si vienen días malos o las cosas se complicasen.

Denis no contestó. Seguía caminando sin prisas. Sus gafas negras continuaban orientadas hacia la perspectiva brumosa de la avenida. Jarnac no sabía nada de él, ni siquiera su identidad exacta.

Para él, Denis era el tuerto, exoficial legionario, un hombre discreto, digno de confianza, que nunca le había embarcado en un asunto catastrófico o canallesco.

Un excombatiente empleando otros excombatientes inadaptados, en asuntos que, al parecer, tenían relación con la lucha directa contra asesinos de espionajes extranjeros.

La muchedumbre empezaba a aclararse en lo alto de la avenida. Denis se detuvo para encender un cigarrillo. Su rostro macizo estaba algo congestionado y sus lentes negros destellaban en el gris del día neblinoso y helado.

Habló incisivamente.

—No deserte ahora. Mañana, si quiere, bien. Pero hoy, no.

Era más bien un ruego que una orden. Jarnac sintió algo parecido a lástima, pero ya nada podía modificar su firme resolución.

Denis le había enseñado que podía emplear armas de fuego en la jungla de asfalto de París, sin remordimientos de conciencia, porque dispararía contra pistoleros asesinos, en guerrilla secreta.

Y no habría riesgos de represalias, a condición de actuar siempre como un soldado, es decir, como un instrumento, y llevar una existencia decente, en doble vida.

—He preferido venir para hablarle claro, Denis. He llegado ya al término de mi campo de acción. Usted sabe perfectamente que a partir de ahora, mis posibilidades de una retirada segura, son casi nulas, y en cambio mis probabilidades de caer en manos de la policía ordinaria se han multiplicado. Sería injusto que usted exigiese más de un asalariado que hasta ahora ha cumplido, pero que empieza a tener algo semejante a pánico.

—¿Pánico a qué, concretamente?

—A nada y a todo. A cualquier mirada insistente. Por esto mismo quise comunicarle que he acabado mi enrol con usted. No puede ya exigirme nada.

Denis miró fijamente el extremo de su apagado cigarrillo y replicó:

—No exijo nada. Si insisto es porque su negativa me coloca en una situación apuradísima. Vamos, muchacho, sea generoso y no abandone a su sargento. Max Jarnac sintió un arrechucho colérico:

—Por una vez, no le costará nada hacer la faena usted mismo. El tembleque de sus manos se le pasará súbitamente cuando empuñe la culata de la metralleta del pelotón.

Giró bruscamente sobre los tacones y aprovechó la luz verde para atravesar la avenida en una oleada de peatones.

Ya lo había dicho todo. Era poco, pero aquella breve explicación con el intermediario de un jefe desconocido, bien valía el viaje.

Descendió hacia el Rond-Point sin volverse ni una sola vez porque para él, quedaba ya liquidado el asunto. Ya no era un mercenario de la guerrilla secreta universal.

Ahora, la vida nueva que había elegido, empezaba allí mismo, con aquel adiós definitivo.

Pero la frontera luminosa del regreso a la normalidad civilizada, estaba todavía lejana.

CAPÍTULO II

Denis le alcanzó en la esquina de la calle Berri y caminó unos instantes acomodando su zancada a la del alto y moreno Jarnac. Trataba de hallar las palabras adecuadas. El tiempo apremiaba. Además, la experiencia le había enseñado lo qué costaba, a veces, prolongar el contacto con un próximo condenado a muerte.

Dos pasos, más apresurados, lo pusieron al nivel de Jarnac que acababa de emprender la diagonal hacia el paso de peatones:

—Unas palabras más, Jarnac. Luego podrá usted irse a todo tranco hacia su perdición o su salvación.

Jarnac se detuvo por íntimo respeto al exoficial condecorado. Lo miró interrogante y Denis expuso con voz cansina:

—Con un hombre como usted de nada valdrían las amenazas. Deseo solamente que recuerde aquella infecta tasca de Montparnasse que servía de banderín de enganche a los desesperados de Pigalle y contornos. Sin mí, usted habría acabado en la mísera legión de los gansteres baratos, a merced de un jefe bandido sin escrúpulos o lo que es peor, de un tipo creyéndose Napoleón y enviando a una muerte segura a sus subordinados.

—Lo tengo presente y mi gratitud es personal. Nada más.

—Haga la suma, por favor, de sus minutos de trabajo efectivo en tres años. No representan ni una semana de la existencia de un honorable oficinista, o de un soldado regular. Por tan escaso trabajo, ha vivido usted confortablemente, beneficiándose de una seguridad casi absoluta. ¿Es o no cierto?

—Lo es, pero me jugué la piel en cada misión y nada me obliga a una operación suplementaria.

Se callaron para dejar pasar dos mujeres espléndidas, envueltas en sus abrigos de pieles. Jarnac las devoró con la mirada. Para Denis la más bella avenida del mundo no estaba poblada sino de fantasmas.

Reanudó pacientemente su tarea persuasiva.

—Me he comprometido hasta la nuez sin pensar ni por un momento que usted iba a desertar. Sabe muy bien de lo que le hablo: ya he recibido consignas, dinero.

—Olvide las unas y devuelva lo otro.

—Ya es demasiado tarde. Mi negativa será interpretada como una traición y alguien me la haría pagar a quemarropa antes de veinticuatro horas.

—Entonces haga como yo. Líbrese de su arsenal particular y busque refugio en los verdes campos aldeanos. No me inquieta su porvenir, viejo. Estoy seguro de que ha podido ahorrar un buen fajo de miles.

—Yo le he tratado siempre como a un buen soldado, como a un amigo. Sé que si me abandona ahora, lo lamentará.

Era verdad. Reconoció Jarnac que había podido sobrevivir decentemente durante tres años gracias a la benevolencia y destreza táctica en las misiones que le encomendaba, de aquel espantajo humano, resto ruinoso de varias guerras salvajes.

Jarnac replicó con tono cansino:

—Yo me largo lejos. Ya se las apañará bien, sin mí.

—Adiós, entonces. Y no tenga ningún remordimiento, al abrir el periódico pasado mañana. En las gacetillas con letra pequeña y titulares vergonzosos, mi muerte no ocupará más espacio que la de un perro atropellado.

Jarnac iba a irse, pero Denis hizo un ademán inesperado. Quitarse las gafas ciñendo desde sus cejas y sienes, hasta media nariz. Se desenmascaraba la mitad superior del rostro.

Y apareció diferente, mucho más viejo de lo que indicaba su silueta. Y casi parecía un artesano, fatigado por cientos de años de labor extenuante.

Su párpado derecho, marcado en sesgo por una delgada cicatriz roja, lo afeaba de un modo patético. El ojo izquierdo, redondo, muy azul, brillaba con tenue humedad.

Max Jarnac había visto aquella mueca de humana miseria en puestos de socorro de primera línea. La penosa mueca del hombre maduro que siente la proximidad de la muerte.

Jarnac titubeó. El ojo válido y suplicante del tuerto. Denis tenía una enorme fuerza de persuasión. Furioso consigo mismo por

aquella muestra de debilidad, preguntó Jarnac:

—¿Dónde y cómo?

Cyr Denis se caló nuevamente la montura de lentes oscuros. Su voz readquirió tono conciso, de mando cordial:

—Inmediatamente. Estamos casi en el lugar de maniobra. Basta con que me siga.

—¿Y el armamento?

—Ya se han ocupado de ello. Usted entrará allí con las manos en los bolsillos y se retirará del mismo modo.

Penetraron por la calle Berri siguiendo la acera de la derecha. El cielo se había ennegrecido más y empezaban a caer los primeros copos de nieve.

Secamente manifestó Jarnac.

—De todos modos, me agradecería saber de qué se trata.

—No habrá complicaciones. Además, compartiré con otro el honor de apretar el gatillo.

—No me agrada mucho el trabajo de equipo para esta clase de guerrilla.

—A mí tampoco, pero estas disposiciones son requeridas dado el carácter muy especial de la operación. Se trata de una emboscada que solamente puede funcionar en cualquier momento de la jornada, pero en un lugar único. El otro se lo explicará.

—¿Quién es?

—Un hombre como usted. Es necesario que confíe en él.

—¿Y la paga?

—Como de costumbre, por mi Intermedio. Mañana por la noche, en nuestro habitual lugar de cita en la Puerta de Orleáns. O bien en la estación del metro de Luxemburgo, si teme que puedan reconocerle.

—No dependerá de mí. Pero si no aparezco por el primer lugar, procure estar sin falta, a las siete de la mañana, en el metro de Luxemburgo.

Continuaron caminando en silencio hasta la esquina de la calle Nogent, donde el tuerto se detuvo y habló con rapidez:

—No voy más lejos. Usted gire a la derecha y baje hasta el 65. El zaguán le conducirá a un patio pequeño donde aparcen coches. Al fondo verá una escalera que lleva a un primer piso para usos comerciales con unos cuarenta despachos, separados por un

corredor central. Al otro extremo hay la salida principal, de la que más vale desconfíe. No hay centinela abajo ni tampoco guardián arriba. Solamente encontrará gente muy apresurada. Todas las puertas llevan número. Tome la llave del 22. Allí dentro es el puesto de observación Procure que no le vean entrar. No es necesario que le diga más. Es preciso que esté en el sitio mismo para comprender cuál será su misión. Le esperan.

Jarnac cogió la llave sin mirarla, guardándola en el bolsillo de su canadiense.

La calle estrecha rebosaba de paseantes frioleros y de coches rodando lentamente. Irradiaba una alegría invernal a través del danzante velo de la nieve.

Denis, encorvado, se dirigió hacia los Campos Elíseos. Pero no recorrió más de veinte metros en aquella dirección y regresó a velocidad duplicada, sin olvidarse de tantear con el bastón blanco.

Vio a Jarnac que llegaba ante el número 65, alzado el cuello de piel de su canadiense.

Y que entraba sin aminorar la marcha, como un hombre que conoce perfectamente el lugar.

CAPÍTULO III

El corredor se prolongaba a pérdida de vista como el entrepunte de un transatlántico, iluminado por barras de neón que no dejaban ni un resquicio a la sombra.

A cada lado, el concierto de timbres telefónicos alternaba con el presuroso tableteo de máquinas de escribir.

Jarnac cruzó solamente un camarero de blanca chaqueta que, acababa de servir algún refrigerio por la vecindad. Contaba la moneda suelta que acababa de recibir y no le vio.

Una discreta placa de cobre sobre la puerta 22 anunciaba:

GEO BEYULS

Empresario

Jarnac introdujo la llave que le había entregado el tuerto y el cerrojo giró normalmente. Entró con rapidez, cerrando sin ruido, con las espaldas.

Aquel pequeño recibidor estaba a oscuras. No había ruido alguno salvo al sordo murmullo procedente de los despachos contiguos. Cerró Jarnac por dentro con dos giros de llave.

Al fondo, una franja de claridad difusa delimitaba una puerta entreabierta. Se encaminó Jarnac hacia ella y empujando un poco se detuvo, en el umbral del gran despacho.

La sala estaba débilmente iluminada por una ventana protegida por una cortina gradulux. Orientadas de arriba abajo hacia el exterior, las blancas láminas encurvadas de plástico proyectaban solamente hacia el techo un suave reflejo dorado y el resto del despacho estaba sumido en la penumbra.

Tras la ventana, un hombre se hallaba extendido boca abajo sobre una hilera de cojines, a modo de litera a ras del suelo. En la clásica posición del tirador al acecho.

Enfocaba atentamente hacia abajo a través del visor telescópico de una carabina de caza. La culata encajaba en su hombro derecho. La extremidad del cañón, prolongado por un grueso tubo negro, reposaba sobre un trípode metálico.

Max Jarnac tosió suavemente para anunciar su presencia.

El desconocido tenía los nervios bien templados. Giró lentamente sobre un codo mostrando su rostro flaco y triangular, de ojos grises, sardónicos. Su redondo cráneo estaba recubierto por denso cabello rubio cortado a navaja, que le forraba como un casco apretado.

—Vaya. Ya era hora. Este idiota de Denis hubiera debido componérselas para lanzarle en paracaídas aquí dentro al mismo tiempo que yo. Estoy congelado desde las nueve de la mañana en esta misma posición. Pronto se hartará usted también.

—Yo soy de pueblo y he viajado toda la noche. ¿Quién es Denis? Esta vez, el rubio respingó:

—¡Ey! ¿Es que no viene de parte del tuerto o qué?

—Claro que sí. Pero ignoraba su nombre. Eso es todo.

El rubio recobró su posición de tirador al acecho y sin dejar de mirar a través de las láminas de la cortina, preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Jarnac.

—¡Vaya! O sea que usted, es Jarnac. Denis me ha hablado varias veces de usted, principalmente con referencia a su diana acertada sobre el traficante libanés de armas, del gang tangerino, que iba acompañado por dos pistoleros reclamados.

—Le creía menos parlanchín al tuerto. También me imaginaba que el anonimato era una cláusula de rigor entre nosotros.

—No se lo tome por la tremenda, compadre. ¿Acaso tengo yo cara de liquidar a los compañeros de armas? Denis y yo, operamos juntos por Argelia. Me llamo Flambel. ¿Nos dejamos de ceremonias, compañero? ¿Vale el tuteo?

—Vale.

Avanzando el mentón en ademán brusco hacia la cortina, expuso Flambel:

—Tal como se presenta este asunto, me temo que antes que se haga de noche, nos vamos a ver en apuros.

—¿De qué se trata?

Flambel demostró una extrañeza sincera.

—¿No te dijo nada Denis?

—Ni palabra. Vengo del Limbo.

—Instálate a mi derecha —y te explicaré la operación. Pero primero haz como yo. Ponte cómodo.

Flambel estaba en mangas de camisa, remangado hasta los codos, mostrando unos antebrazos musculosos salpicados de lunares rojizos.

Tras quitarse la canadiense, el gorro y la americana, Jarnac se tendió sobre la alfombra, paralelamente al rubio. Doblando los codos, encajó la barbilla en sus puños. Descubrió de pronto el campo de tiro a través de las láminas de la cortina de plástico. Su asombro divirtió a Flambel:

—¿No lo adivinaste al subir? La escalera da también acceso al edificio contiguo. El 65 bis. Los talleres y despachos situados al lado izquierdo dominan las Arcadas del Prado, que ponen en comunicación los Campos Elíseos con la calle Nogent. El puesto de acecho que ahora ocupamos en este momento, está instalado aproximadamente en el centro del pasaje.

Jarnac examinó con curiosidad aquella calle interior, iluminada por las abundantes lámparas de las tiendas y del techo. Recordó haberla atravesado dos o tres veces en la animación de las horas punta.

Vista desde arriba, la calle adquiriría una dimensión imprevista y recordaba, en menos suntuoso, ciertas galerías italianas.

Exactamente debajo del reborde inferior de la ventana se extendían los cuatro tenderetes exteriores de una librería formando un largo rectángulo en el centro de la calle...

A la derecha, había una cafetería aislada por biombos de cristal, y a la izquierda un *snack*-bar rodeado de mesitas niqueladas.

Las inclinadas láminas de la cortina solamente dejaban ver la parte inferior de las tiendas situadas en frente a una camisería de lujo, un bazar de artículos árabes, una perfumería, modista...

Eran apenas las once, pero numerosos paseantes circulaban ya en los dos sentidos, muy lentamente, formando remolinos caprichosos según los escaparates, Comentó Jarnac aturdido.

—¡Esto es una locura! No vamos a descargar tu trombón en este hormiguero humano.

Flambel alzó los hombros con indiferencia.

—¿Y por qué no? Tras esta cortina, nadie nos ve desde abajo. ¿Te has fijado en la herramienta? Con un silencioso de este tamaño, el estampido hará menos ruido que un taponazo de champaña.

—Pero al caer quien sea, la gente mirará hacia aquí.

—Y en el mismo instante, cerraremos por completo la cortina, desmonto la carabina en tres tiempos, la meto en aquel estuche de máquina de escribir y salimos de aquí, canturreando, abandonando un despacho de empresario teatral. Como la clásica pareja de escritores de comedias y guiones.

—¿Y en el corredor, qué?

—Toda la gente estará por las ventanas que dan del lado de las Arcadas, y llegaremos abajo sin necesidad de apretar el paso. Al entrar por el zaguán, ¿no viste los espléndidos coches alineados en el patio?

—Claro que los vi. Por si dentro había gente espiando.

—El más próximo a la escalera, un «D. S», azul, de director general, es el transporte a nuestra disposición para asegurar nuestra retirada. Aunque no lo vieses, tiene chófer. Que estará preparado para abrimos la portezuela y, cinco minutos después, brindaremos por el feliz término de la misión, en cualquier tasca elegante de la Puerta de Clichy ¡Así de sencillo, compadre!

Y Flambel chasqueó dos dedos de la zurda en ademán despreocupado. Jarnac demostró menos entusiasmo.

—Yo prefiero retirarme solo y a pie. El tuerto me ha repelido con mucha frecuencia que, en la jungla de asfalto, nunca hay que depender de nadie, sino de uno mismo, para emprender la retirada. ¿Conoces al chófer?

—Nunca lo he visto, pero puedes tener confianza en el viejo Denis. Tiene el instinto nato de la estrategia y de la organización.

Hablaba a media voz, sin apartar la mirada de un punto fijo que Jarnac, en su posición, no podía identificar con precisión. El chasis inferior de la ventana a ras de alfombra, estaba alzado unos veinte centímetros. Lo suficiente para despejar el ángulo de tiro. A media altura, el orificio del silencioso asomaba levemente entre dos láminas de la cortina.

De este modo, el aire tibio y el rumor de las Arcadas filtraban a ras de la alfombra mullida, por aquella abertura a nivel de suelo

que ponía al tirador en contacto permanente con la muchedumbre.

Comentó Jarnac fastidiado:

—También habría podido el viejo tuerto elegir un lugar menos concurrido. Eso es como tirar un petardo en el centro de la Opera y...

Flambel agitó bruscamente la mano izquierda para acallarle. Al mismo tiempo, la diestra se deslizaba bajo de la carabina.

Jarnac alzó la cabeza para mirar entre las láminas de la cortina. Varios transeúntes se habían parado ante las mesas de la librería que se extendían paralelamente al piso de los despachos, y bajo la vitrina del camiserio.

Un hombrecillo de rostro rojizo estaba detenido exactamente frente al punto de mira de la carabina. Hojeaba plácidamente un libro. Al cabo de unos instantes, lo dejó en la estantería inclinada y se alejó.

Distendiéndose, Flambel dejó reposar la culata del arma. Su frente brillaba de sudor y comentó:

—¡Vaya faena! Desde las nueve de la mañana, he apuntado a cretinos que nunca estuvieron tan cerca de la muerte violenta. Todo por un libro. Ya era hora que vinieses. Relévame.

Jarnac intentó disimular su asombro.

—¿A quién debemos liquidar?

Flambelladeó la cabeza para reír en forma siniestramente regocijada:

—Puedes llamarme insensato, pero no tengo ni idea, ni tampoco Denis. Las instrucciones que me ha transmitido son tan absurdas como la elección de este puesto de emboscada. Hasta tengo la impresión que el jefe de Denis no sabe fijamente la identidad del sentenciado a muerte. Ocupa mi lugar y comprenderás enseguida lo que espera el tuerto de sus tiradores de primera.

Tras lanzar una última ojeada a través de la cortina, rodó Flambel ágilmente a un lado para liberar los cojines.

Jarnac solamente tuvo que colocarse tras la carabina y la culata vino a encajarse en el hueco de su nombro derecho.

—Una «Skoda», calibre 38.

Puntualizó Flambel reverentemente:

Y añadió, con risa sarcástica.

—Si ves irrumpir bajo las Arcadas un rinoceronte, dispara. Será

el espía disfrazado. Por lo menos, este petardo puede tumbar patas arriba cualquier pieza de caza mayor.

Liberado de su postura, se distendió en todos sentidos, tras haberse esponjado el rostro con un amplio pañuelo. Y se arrodilló junto a Jarnac, sentándose sobre los tacones.

Manifestó en voz baja.

—A partir de ahora no abandones la línea de mira y has de estar preparado a disparar. No bromeo, no. En los segundos que siguen tal vez a dar en el blanco. Yo mismo he montado esta pequeña instalación de tiro casero y el cañón no enfoca cualquier punto, sino uno bien preciso. ¿Qué ves ahora?

—Tenderetes de librería. El del fondo, paralelo a la vitrina del camisero de lujo...

—¡No! No emplees las pupilas, sino el lente telescópico. Te dará exactamente el objetivo de muerte.

CAPÍTULO IV

Jarnac aplicó la mejilla contra la culata y el blanco apareció súbitamente frente a él, en el disco luminoso del ocular: las líneas del visor se cruzaban exactamente sobre un grueso libro de tapas de piel verde.

Estaba colocado contra una ringlera del gran atril terminal de la mesa, como otros muchos de diversas encuadernaciones. Jarnac no percibió nada más que la encuadernación de piel verde. No había título, ni inscripción, ni etiqueta de precio, ni mención de editor.

—¿Has avizorado ya? —preguntó Flambel.

—Por el momento, sólo veo el libro verde.

—Perfecto. No lo dejes volar. Mientras esté allí, tendremos una posibilidad de ganarnos la paga. Este libro es el que sirve de cebo. Según Denis, antes de esta noche, un individuo se detendrá para comprar este libro y llevárselo. Es este hombre el que tenemos por misión cazar al vuelo y suprimirlo sin fallo.

—¿Qué aspecto tiene?

—Ni idea. Puede surgir en cualquier instante de la muchedumbre y su repentina aparición no debe pillarnos desprevenidos. Para nosotros, la verdadera dificultad estriba en no estallar ninguna cabeza en torno al desconocido agente enemigo. Únicamente ha de volar la cabeza del que lleve el libro verde. Y ahora, ya sabes tanto como yo mismo.

Jarnac desplazó levemente su busto y antebrazos para formar cuerpo con la carabina. El instinto del combatiente al acecho acababa de despertarse en él, de golpe.

Sin apartar la pupila del visor telescópico, indagó:

—El primer imbécil que se enamora de la piel verde, podría comprar el libraco ese, pagarlo con buen dinero, y en vez del cambio recibir una bala blindada. ¿Te parece normal? ¿Qué nos demostrará, llegado el caso, que hemos suprimido al comprador

sentenciado?

—Ya he pensado en esta pega. Denis, riendo, me anunció que este escrúpulo podría costarme la vida a mí. Según él, este libro ofrecido a cualquier comprador, solamente puede tentar a una sola persona. La que estoy esperando en vano, desde esta mañana a las nueve.

—¿Te basta?

—Es que, como supongo, si los vendedores están en el secreto, solamente soltarán el maldito libraco a sabiendas, y en manos del condenado.

—He estado viendo los vendedores de la librería. No tienen aspecto de agente de espionaje. ¿Crees que si estuvieran en el secreto demostrarían tanta calma, tanta falta de inquietud?

Flambel se incorporó un poco para escrutar el interior del *stand*. Los dos vendedores evolucionaban apaciblemente en el espacio rectangular delimitado por las estanterías. Uno de ellos, viejo, calvo, sonreía bonachón sin perder de vista la caja.

El otro, joven, endeble y moreno, de rostro de intelectual, iba de una estantería a otra para estimular a los compradores indecisos. No había la menor artificialidad en su comportamiento. Los dos parecían preocuparse únicamente en lograr una buena jornada de ventas.

Comentó Jarnac.

—¿Acaso tienen aspecto de saber que de un momento a otro puede brotar un chorro de plomo sobre la clientela? Míralos bien.

—Ya los he mirado sobradamente. ¿Quieres que te diga mi opinión? El libro en sí mismo no representa nada, y cometeríamos un error si le concediésemos más importancia que demuestran el calvo y su acólito. Puede que el libro esté ya vendido, o por lo menos reservado para el comprador que hoy se presentará.

—Pero sigues sin saber qué aspecto tiene.

—Nadie sabe nada de este hombre, ni siquiera los muy discretos patrones de Denis. Por lo visto, para ellos, se traicionará infaliblemente al efectuar la maniobra de llevarse este diabólico libro verde. A veces, uno se aburre leyendo libros gordos. Pero nunca supe de un libro que supusiera la muerte instantánea, sesos volados, del lector.

Jarnac miraba el teléfono puesto en el suelo, sobre la alfombra.

Explicó Flambel:

—A veces, repica. No le hagas caso. No es para despertar al empresario. Geo Beyuls desapareció de la circulación hace unos seis meses. Por otra parte, nadie habla al otro extremo del hilo. Denis no me dejó consigna alguna relacionada con el teléfono, y por esto vuelvo a colgar sin decir ni media tampoco.

—¿No te extrañan estas llamadas si no está el dueño del despacho?

—Como la llamada se produce a intervalos regulares, aproximadamente cada cuarto de hora, deduzco que se inquietan en jefatura sobre nuestra fiel vigilancia. Al descolgar, demostramos que estamos al pie del cañón. Por otra parte, estoy seguro de que un observador circula incesantemente por los parajes para comprobar los efectos de nuestro chupinazo.

Flambel se levantó, alejándose un momento por la penumbra del despacho. Jarnac comenzaba a sudar tras la carabina. Instintivamente, cada vez que una silueta titubeante penetraba en el campo del lente, y se detenía ante la estantería, retenía Jarnac el aliento y el índice derecho se doblaba sobre el gatillo en el primer tiempo del disparo.

Regresando Flambel se enfundaba en un abrigo que desprendía un fuerte olor a colonia de violetas. Consultando la hora, dijo:

—Las once y media. Voy a dejarte unos momentos. Digamos hasta las doce. Si por azar se presentase el pájaro, lo tumbas y te largas sin esperarme. No soy un flojo, pero cerca de tres horas de puesto de tirador, me ha fatigado y necesito remontarme el ánimo en un bar cercano. A mi regreso nos relevaremos en la tronera cada quince o veinte minutos. A propósito, ¿has almorzado?

—No tengo nada en el estómago desde mi café de las nueve de la mañana en la estación de Lyon.

—Puedo traerte un tente-acostado —rió Flambel.

—Como quieras, aunque prefiero estar en ayunas para esta maniobra de tiro por selección entre la masa circulante.

—Sobreestimas tu resistencia, Jarnac. Me apuesto lo que sea que a mi regreso te encuentre sudoroso y exasperado.

—No lo sé. Hasta ahora, por la jungla de París, he funcionado solamente en plan individual. No en pareja.

—Pero te forraste de funcionar en grupo por Argelia y el Congo,

¿no? Siempre es más divertido tener compañía. Hasta luego, compañero.

Su alta silueta se esfumó en la oscuridad. Poco después, Jarnac oyó el chasquido de la puerta cerrándose.

Al exterior, bajo las Arcadas rumorosas, la cercanía del mediodía agrupaba gente en torno a las estanterías, contorneándolas, yendo poco a poco a ocupar sitios en el *snack*-bar o en la cafetería.

El libro de piel verde fue alzado, hojeada, y manoseado por una docena de diletantes que lo dejaron en su sitio casi al instante.

Jarnac empezó a comprender que Flambel no exageraba. Aquella misión tensaba los nervios. Entre dos ciertas, un estremecimiento recorría su brazo derecho, y el blanco parecía bailar al fondo del visor.

Treinta minutos larguísimos transcurrieron en esta espera.

Pasadas las doce, una anciana revestida de abrigo de chinchilla se detuvo inocentemente ante la estantería, abrió el libro verde con manos trémulas, hizo más preguntas al joven empleado quien, con grandes muestras de consideración, la informó.

La anciana abrió su bolso de mano. Removía billetes.

Por fin dejó el libro en su sitio y se alejó sana y salva. A punto de mareo y vómito, respiró aliviado Jarnac desdoblado el índice. Masculló furioso entre dientes:

—Te salvaste de la peladilla que era mi obligación obsequiarte, abuela. A lo mejor eras un fulano disfrazado de vieja...

Respingó al oír el estridente campanileo del teléfono. Alargando la zurda se aplicó el auricular. No oía nada, pero percibía una presencia al otro extremo del hilo. Aquel silencio vigilante, exasperó a Jarnac que apretando los labios, emitió un ruido escatológico en el micro.

Como respuesta oyó una risa ahogada:

—¿Qué tal? Habla Flambel. ¿Sigue el libro en su sitio? Oye, hermano, atacando el filete me vino una idea. Antes de subir, voy a dar una vuelta para ver el dichoso libro de más cerca.

—¿Crees que el tártaro aprobará esta curiosidad no reglamentaria? Tu exploración puede suscitar el interés de cualquier mirón emboscado por los contornos. Si te sigue hasta el despacho, la seguridad de retirada que nos garantiza Denis se verá en peligro. Termina rápido tu sobremesa y ven a relevarme, sin cometer

imprudencias. Aquí, el sector de tiro no está vacío ni un segundo desde que te largaste. Y estoy más nervioso que siete viejas.

—Ya te lo dije, compinche. Paciencia unos minutos más y apareceré en las Arcadas por el lado de los Campos Elíseos.

—¡No lo hagas! Vas a meterte de lleno en un avispero del cual solamente podrás salir liquidando a media docena.

—No seas tan pesimista, hombre. El mundo entero no tiene los ojos puestos sobre este libro llamado muerte. Quiero saber lo que contiene. Nada de errores, compadre. Suelta el arcabuz apenas esté yo en la mirilla. No resulte yo, víctima inocente de tu nerviosismo. Del resto te ocupas.

—¿Cuál resto?

—Apenas vuelva las espaldas, fíjate a fondo en los dos libreros. Si forman parte del complot, lo verás al instante, por su reacción.

CAPÍTULO V

Conocía a Flambel hacía apenas una hora y la garantía dada por Denis al borde de una acera y con prisas, dejaba al personaje en una sombra sospechosa.

Flambel penetró por el acceso de los Campos Elíseos, al lado del hotel Claridge. Le pareció mucho más ancho y alto. El rostro risueño, inteligente, tenía impreso en sus triangulares facciones algo de polichinela rubio y demoníaco.

El clásico aventurero despreocupado. Al llegar a las estanterías de libros, alzó la cara y guiñó un párpado. Luego, sus manos enguantadas cogieron el libro de piel verde.

Lo abrió por la mitad como si rompiese una rama. Las páginas iban deshojándose una tras otra bajo el índice de Flambel que mantenía una expresión plácida.

Mientras, el viejo calvo se había eclipsado para ir a comerse un bocadillo. El joven iba recogiendo dinero, devolvía cambios, envolvía, respondía preguntas, sin alterarse su aspecto de vendedor concienzudo.

Vino junto al cliente rubio que se interesaba en una obra encuadernada en piel verde. Flambel movió los labios. Preguntaba algo. El vendedor contestaba como lamentando tener que negarse. Iban regateando. El vendedor denegaba con creciente energía.

Por fin Flambel dejó el libro y se alejó. Para detenerse de nuevo en el *snack* donde le rellenaron un recipiente de cartón. Pagó y fue avanzando por entre la muchedumbre.

El joven vendedor de rostro intelectual tenía ahora mucha dureza en sus rasgos. Mientras la alta silueta de Flambel se alejaba en dirección a la calle Nogent, el vendedor cogió el teléfono y discó rápidamente un número.

Habló muy deprisa, siempre fijos los ojos en búsqueda del rubio aspirante a comprador. La comunicación duró unos quince

segundos.

Jarnac dejó la carabina enfocada sobre el libro verde, y fue al recibidor para entreabrir la puerta. La salida del mediodía había vaciado los despachos. El corredor estaba totalmente desierto.

Pronto apareció Flambel caminando con zancada regular y rítmica. Nadie le seguía. Ninguna puerta se abrió tras su paso. Respingó al descubrir a Jarnac tras el batiente:

—¿Estás loco o qué? ¿Cómo soltaste la espingarda?

—No se disparará sola, descuida. Harías mejor en cuidarte la pelleja. Yo no quiero dejar la mía en una misión que ya veo fracasada de antemano. Te han localizado. Los dos libreros están en el golpe. No debiste asomar precisamente en el sitio elegido para suprimir a uno de su banda.

Cerró la puerta con llave y pulsó el conmutador. La lámpara del techo les inundó repentinamente de luz. Ahora pudo Flambel detallar a su cómplice del cual solamente adivinó estatura, y fisonomía en la penumbra del puesto de acecho.

Meditó que pese a su juventud, su perfil romano, sus negros ojos aterciopelados, el favorito del tuerto no parecía fácil de trato, y la máscara agradable ocultaba una crueldad latente de la que valía más no descuidarse.

—Cálmate, Jarnac. No vamos a disputar por futesas. No hice mas que tantear el terreno. No veo dónde está la imprudencia.

La llamada estridente del teléfono les hizo regresar al despacho. Flambel descolgó a tientas, mientras Jarnac se adhería a la cortina.

Nada había variado. El libro verde seguía allí. Al interior del *stand*, el joven vendedor aprovechaba la calma para, sentado junto a la caja, hojear una revista.

Flambel ahorquilló suavemente el aparato sin haber hablado. Comentó con su peculiar sarcasmo:

—Otra vez el Gran Mayor. Estoy por creer que este tipo nos vigila a través de las paredes o del techo.

—No es el único. Apenas volviste la espalda, el jovencito librero saltó al teléfono para anunciar la novedad de tu visita. ¿A quién? Puede que al calvo. En todo caso, hemos de prestar atención a esta pareja.

—¿Qué habrías hecho si pago y me llevo el libro?

—Puedes estar segurísimo que no te hubiera fallado. Una

lástima porque tu tirolés gris es de primera.

—Bien. Celebro que tengas sentido del humor macabro. Ayuda mucho. Voy a relevarte y puedes masticar algo.

Arremangándose, sentóse en cuclillas tras la carabina, mientras Jarnac abría el cartoné conteniendo un grueso emparedado y un frasquito.

El buen tinto seco y el jugoso emparedado le devolvieron algo de su amabilidad nativa. Se aproximó al rubio que fumaba tranquilamente. Y con entonación cordial indagó:

—Bien ¿y el libro qué tiene de precioso?

—Se hace difícil imaginar que un hombre pueda ser liquidado esta tarde al regatear por una borricada semejante. Es simplemente un viejo catálogo de la Fábrica de Armas y Bicicletas de Le Nouvion. Data del año 1004. A primera vista, nada de particular, a no ser la espléndida piel que parece demasiado lujosa para envolver quinientas páginas de papel mohoso. He hojeado todo el volumen sin descubrir ni acotaciones ni notas al margen.

—Cualquier libro, y sobre todo el más inocente de aspecto, puede servir para mensajes cifrados o para descifrarlos.

Mirándole de soslayo, meneó Flambel la cabeza:

—Pensé en ello. No en balde, Denis nos contrata en tenebrosos asuntos de espionaje. Y casi siempre es el último en enterarse de la trampa. Para nosotros que se trate de ajuste de cuentas entre bandidos, altos financieros o agentes secretos, la misión es siempre la misma. Eliminar a un fulano que debe tener muchas muertes en su conciencia. Es una guerrilla como otra cualquiera.

—Todos estos argumentos ya me los he hecho para tranquilizar también mi conciencia. No somos asesinos, sino guerrilleros. De acuerdo. Pero ¿por qué crees que esta misión es puramente de espionaje?

—El vendedor hizo comentarios que me parecieron contraseñas. Por ejemplo cuando dijo textualmente: «Una encuadernación de gran belleza. Revestiría adecuadamente las obras completas de Arnaldo Visconti». Esperaba sin duda una respuesta técnica, pero a mí el fulano Visconti me es totalmente desconocido. Todo mi saber literario, salvo la colección del Pirata Negro, se reduce a muy poca cosa.

—¿Qué más te dijo?

—Al pedirle el precio, dijo tranquilamente doscientos francos fuertes. Fingí indignarme. Y sacó argumentos raros: «Esta obra forma parte de una colección con *ex libris* principesco. La encuadernación está firmada nada menos que por Martín Grelto». Me fui sin insistir.

—Y le sobró tiempo para memorizar la forma de tu nariz, tus orejas algo picudas y esta pequeña cicatriz que luces en la mejilla. Llamé por teléfono para retratarte. Si pasas una segunda vez ante el libro verde, no te quepa duda alguna que el centinela de la librería te enviará un asesino sobre los tacones.

—Tú reflexionas demasiado, chico. Anda, ven a consumir diez minutos de vientre a tierra. Ya me han entrado los hormigueos.

Cambiaron de sitio. Pese a su experiencia, Jarnac se estremeció al renovar el contacto con el arma cargada, y con la imagen aumentada de los paseantes que desfilaban como marionetas al fondo del visor.

Rezongó al cabo de unos instantes:

—Es la misión más idiota que me han encomendado en años. El Monóculo negro debió informarse mejor.

—¿Te crees acaso que Denis movilizaría a sus dos mejores tiradores para tumbar a un simple pistolero? Los que yo derribé en esta lucha secreta, los periódicos al día siguiente no los cubrían precisamente de flores blancas. Eran todos de lo peor del hampa internacional. Por consiguiente si ahora estamos dos en la misión, es que se trata de toda una bestia de caza mayor. La paga será adecuada.

—Yo no debería estar aquí. El tártaro casi me obligó tocándome la mandolina de la amistad entre combatientes.

—De todos modos, vas a cobrar veinte billetes grandes. Y otros veinte para mí. Uno de los dos los ganará sin necesidad de disparar siquiera. O sea que la misión podrá parecernos peliaguda y rara, pero merece nuestra máxima atención y disciplina. El resto no nos importa saberlo.

—Conformes.

Y Jarnac se hipnotizó nuevamente en la contemplación de la línea de mira.

El sentenciado a morir por un libro, debía seguramente rondar por el sector. Trató Jarnac de calcular por corazonada el número de

pasos y minutos que separaban al misterioso condenado a muerte del libro de piel color esperanza.

CAPÍTULO VI

El semblante congestionado y placentero de Dyrk Vandam se hallaba exactamente, a vuelo de pájaro, a cuarenta y cinco metros de la boca del cañón de la Skoda.

Pero de por medio estaban los espesos muros del Claridge.

Y hubiera sido preciso todo el estruendo de un obús para quitarle la alegría de vivir. La muy apetitosa Dora acababa de montar a la jineta sus rodillas cruzadas y Vandam se divertía haciéndola saltar, chasqueando la lengua contra el paladar, ahuecando la boca, en imitación de cascos de caballo a galope.

A la vez acechaba el escote de la bata, que resbalaba lentamente. Y el recuadro de encaje parecía una bandeja conteniendo dos hermosos pomelos californianos, aunque su dueña fuera nativa de las orillas del Sena.

Dora, cabalgando dócilmente, comentó indignada.

—¿Qué es esto de llegar ahora a París y pretender irte mañana mismo, chato mío?

Si perdía una hora o dos sobre el horario calculado, Vandam corría el riesgo de tropezar con los lince del enemigo. Nada en su apariencia hacía sospechar al traficante en drogas y divisas.

Dora le servía de pantalla desde hacía seis meses, en tren o por carretera, entre París y Suiza. Ella lo ignoraba, lo cual era lo mejor. Una hermosa rubia que no había inventado la pólvora.

La había conocido una noche, en una «cave» donde desde la medianoche a las tres de la madrugada, actuaba sin contrato, libremente, en dos exhibiciones desvelando lentamente su magnífica anatomía.

Retrocediendo bruscamente las rodillas, Vandam hizo resbalar a la rubia Dora sobre la alfombra, reteniéndola por una mano, y levantándose, anunció:

—Tengo que efectuar una visita aquí cerca del hotel. No tardo

en volver Mientras, date prisa en vestirte. Iremos a almorzar a un lugar formidable.

Revestido de su abrigo de banquero, Vandam bajó en un ascensor repleto de norteamericanas excitadas por el «Gay París». En el vestíbulo, el mediodía condensaba una numerosa concurrencia.

La faz de vívidor alegre de Vandam ocultaba una constante vigilancia que se agudizaba más particularmente en la abigarrada multitud de los aeropuertos, estaciones y grandes hoteles.

No avistó a ninguno de estos individuos sombríos y solitarios cuya presencia en medio de alegres turistas desentona y que producen una impresión de amenaza latente en el viajero inquieto.

Nunca había tenido complicaciones con la policía francesa, pero las cosas podían ir aprisa si se mezclaba la Interpol.

Fuera, Vandam volvió a encontrar el día gris y la nieve que había dejado la víspera en Bruselas. Se atuvo estrictamente a las indicaciones de Raven y penetró como un ocioso normal en las Arcadas del Prado.

Al pasar ante la cafetería, el libro verde atrajo su mirada. Estaba expuesto en el sitio adecuado, en el centro de la estantería a la derecha, al alcance de cualquier mano.

Precisamente, una anciana elegante con abrigo de chinchilla alzaba el libro para examinar de más cerca su encuadernación.

Sin poderlo evitar, Vandam sintióse casi escandalizado. Lógicamente, el tráfico solamente podía funcionar sin peligro gracias a una dispersión prudente que extraviase a la policía.

Pero a Vandam le parecía un peligroso imponderable la curiosidad de la vieja que sopesaba, olía, hojeaba el libro verde. Un libro representando para Vandam un pellizco de doscientos mil francos netos.

Una vieja así era capaz de formar mucho jaleo si no le querían vender aquel ejemplar. Se aproximó con indolencia, fingiendo buscar un título por entre la pila de volúmenes de la mesa inclinada. Oyó al vendedor desanimando amablemente a la anciana.

—Lo siento, señora, pero este catálogo ya está vendido.

La dama se alejó refunfuñando mientras el joven vendedor dando media vuelta regresaba al interior del *stand*. Vandam quedó desconcertado por aquel movimiento brusco y decidió aguardar

observando los contornos.

Raven no le había dicho nada especial concerniente a los guardianes del libro verde. Por el momento, no había más que el jovencito endeble de delgado rostro, que disimulaba muy bien su participación.

El lugar era perfecto para un contacto anónimo. El hecho de comprar un libro entre mil en el fluir incesante de clientela, no podía intrigar a nadie.

Percibió Vandam, que las tiendas bordeando aquel lado de las Arcadas disponían de un entresuelo con tabiques encristalados, velados o no.

En cambio, en frente, comprobó que el piso superior albergaba exclusivamente locales comerciales cuyos cristales irradiaban bajo la bóveda. Uno de aquellos locales, dominando la librería, tenía el ventanal algo entreabierto a ras de suelo, pero una cortina de láminas graduables, ocultaba el interior en penumbra.

Contorneó todo el *stand* dejándose llevar por la muchedumbre, lo cual le hizo regresar en unos minutos a su punto de partida. Su sonrosada cara se arrugó de despecho.

Parecía como si todo el mundo se hubiese dado cita para hacer cola ante el mismo artículo. Un individuo rubio, fuerte y desenvuelto, vestido como un galán joven, tirolés gris, fular plata, abrigo ligero, acababa de coger el libro verde.

Lo manipulaba con una rudeza que sublevaba, discutiendo obstinadamente el contenido, continente y precio. El joven vendedor resistía magníficamente el ataque y no soltaría presa, pero la comedia podía durar mucho tiempo.

Íntimamente desesperado Vandam inició su segunda vuelta a la noria para esperar un momento más favorable. Aquellos contratiempos fortuitos habían despertado su recelo. En un asunto semejante, las pequeñas molestias solían preludiar grandes dificultades.

Estaba sin embargo muy seguro de que nadie le había seguido ni acechado quince horas antes en las escaleras del Bruxelles-Sur.

Como de costumbre, Dora había llegado por separado a la cita, y los dos se habían reunido a las once de la noche en un pulman del Trans-Europ procedente de Ámsterdam.

En París, Estación Norte, ¿quién iba a ocuparse de una pareja de

enamorados perdidos en el tumulto de la salida?

Finalmente, en el Claridge solamente se había alojado un par de veces en tres años y la policía francesa, no tenía motivo alguno para husmear la pista de un turista.

Vandam aceleró la marcha al comprobar que los clientes se habían dispersado ante la estantería de la derecha. Se detuvo en el lugar apropiado y alzó la mano para llamar la atención del joven vendedor.

Abandonando la caja, el joven moreno se abalanzó con prontitud. Nunca se habían visto, pero Vandam leyó en su amable sonrisa una especie de complicidad que le reconfortó.

Iba a coger el libro verde, cuando por casualidad su mirada se posó en las siluetas movientes que se agrupaban al otro lado del *stand*.

El vendedor le animaba:

—Tenemos libros de arte selectos. ¿Ha seleccionado algo en particular?

—Sí. Bueno. Tal vez —y balbuciendo retiraba Vandam la mano.

Había palidecido. Por encima del hombro del vendedor, sus ojos se clavaban en una cara cuadrada, de expresión hostil, coronada por un fieltro negro.

Un hombre bien arropado en grueso abrigo castaño que hojeaba un bolsilibro, mordiendo una pipa corta, apagada.

Pero Vandam conocía muy bien al comisario Rocher. Le había visto atestiguar en Bruselas ante un tribunal, durante el proceso de un traficante de blancas.

Dos amigos de Vandam, escapados de un largo interrogatorio, le habían prevenido contra aquel cuarentón cuya expresión fría y distraída ocultaba mucha cazurrería.

El vendedor colocaba la mano sobre el libro verde, manifestando:

—Tenemos también ocasiones obtenidas en subastas. Por ejemplo, esta preciosidad.

Se hacía insistente. Alguien, seguramente Raven, debió facilitarle las señas del visitante. Pero se había convenido también que éste se presentaría bajo un anonimato total y Vandam, ante la insistencia, prefirió zafarse.

—Reflexionaré y volveré por la tarde.

Retrocedió y pronto quedó oculto entre la gente.

El comisario Rocher no había alzado la vista del bolsilibro. Aquello no significaba nada. Podía tener a sus zorros patrullando el sector.

Vandam huyó de las Arcadas y no se sintió seguro hasta hallarse en el ascensor del Claridge.

Dora, perfumada y maquillada, acababa de vestirse en la tibieza de la cerrada habitación. Para no alarmarla, Vandam se esforzó en recobrar su faz de buen vividor y la ayudó a colocarse el abrigo de visión gris.

—Vas a hacerme un pequeño favor, guapetona. Algo tan sencillo como ir a comprar cerillas o tabaco en el estanco de la esquina.

A ella no le extrañó. El gordinflón de Dyrk pedía poco y daba tanto, que ella le perdonaba todos sus misterios. Pero bajo el esfuerzo de la meditación, el bonito hociquillo de pekinesa de Dora quedó vacío de toda inteligencia.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Conoces las Arcadas del Prado?

—Claro, tontín. Compró siempre mis medias mejores en una tienda al fondo, por el lado de la calle Nogent.

—Muy bien. Espero que la preocupación por tus medias no te habrá cerrado por completo los ojos. Conocerás sin duda alguna el lugar de cabo a rabo.

—Claro, chatín. Una mujer lo mira todo, siempre.

—¿Qué hay en el centro del pasaje?

Dora permaneció callada unos momentos mirando la pared con expresión estúpida. Por fin, murmuró:

—No falla. Una librería.

—Estupendo. Es una delicia enviarte de compras. Ahora, escúchame bien: entrarás a las Arcadas por el porche que se abre a la izquierda del hotel, pasarás ante la cafetería y caerás rectamente sobre esta. En el centro del primer estante, verás un libro gordo, verde.

—Ah, pillín...

—¡Calla, bobaina! Como si estuviera yo pensando en verdores de esta clase, ahora. Me refiero a que el libro está encuadernado en piel verde. No tienes que pagar nada. Lo coges y lo presentas al vendedor diciéndole exactamente. «Vengo a recogerlo de parte del

tío Chil». Te lo empaquetarán y regresa aquí al trote. Te habrás ganado el mejor almuerzo de toda tu existencia.

—Todo eso me parece infantil. ¿Qué es lo que te impide ir a buscar personalmente este libraco?

—Muchacha, estoy muy decrepito para mencionar al tío Chil a personas que no conozco de nada. Se burlarían de mí. En cambio, viéndote a ti tan succulenta, este asuntillo se arreglará a cien por hora.

Se ajustó Dora la boina de piel y antes de salir comentó:

—Hay que ver lo quisquilloso que eres, gordito mío.

Al abandonar el hotel, giró a la izquierda en dirección a las Arcadas. Penetró por el pasaje y comenzó por comprarse seis pares de medias. Luego se dirigió hacia la librería.

El volumen de piel verde estaba bien a la vista, lo cogió con firmeza tendiéndolo distraídamente al viejo calvo y arrugado que se hallaba entre las mesas estanterías y que le dijo sonriente como un fauno encandilado.

—Lo siento de veras, señorita Esta obra ya está vendida.

—Lo sabemos —replicó Dora con indolencia—. Precisamente vengo a recogerlo de parte del tío Chil. Empaquétemelo veloz, que no tengo tiempo sobrado.

Aquella gestión que tanto parecía preocupar al gordo Dyrk, para ella no era más que un simple paseíto.

Ni siquiera percibió la súbita rigidez del viejo vendedor, su actitud servil, mientras hurgaba bajo la mesa, abriendo y cerrando vanas cajitas, en busca de una con las dimensiones del libro verde.

Al otro extremo del *stand*, un joven vendedor de rostro intelectual contemplaba la escena con fingida despreocupación.

Desde su puesto de tirador, Jarnac tomaba posición tras la Skoda y su índice moldeó el gatillo.

A su lado, Flambel sonrió complacido.

—¡Por fin! Asunto terminado. Misión cumplida. Apenas dispares, desenrosca el silencioso. Mientras, yo desmontaré la culata y el visor. Guardaremos todo en el estuche de máquina portable y sales el primero sin preocuparte por mí. Yo me encargo del transporte.

En pie contra la cortina, observaba el campo de tiro con apasionado interés. Replicó Jarnac calmamente.

—Prefiero aguardar al último segundo. Nada demuestra que la rubia se marche con su adquisición. Desde el momento que Denis no pudo darnos las señas precisas del comprador, tenemos el derecho de ir con tiento, antes de pulsar el gatillo.

—¡Mecachis el demonio! ¿A qué esperas?

—No cobraríamos paga por suprimir a esta rubia entrometida. Piensa un poco, hombre. Seguro que hay error. La cara de esta rubia no tiene ni pizca de maldad.

—¡Nada de sentimentalismos ahora, caray! ¡Dispara! Tienes al blanco a punta de cañón. Dentro de un instante ya será tarde ¡Fuego!

—No. Todavía no. Además, no eres mi capitán.

—¡Dispara! ¡La chica se larga!

Se arrojó junto a Jarnac dándole con el hombro para liberar la carabina. Un rodillazo le hizo encogerse y rodar a un lado.

Se agarraron en frenético forcejeo sobre la alfombra.

Max Jarnac solamente tenía una idea en mente. Salir sin complicaciones de aquel espantoso lío, pasar la frontera más cercana, y despistar para siempre al tuerto y a su organización.

Abajo, el viejo librero encorvado sobre la mesa, terminaba de embalar el libro. Por fin se enderezó buscando con los ojos a la clienta del visón.

El joven vendedor abandonó la caja y se reunió con el patrón que se mantenía inmóvil, vuelto el rostro hacia los caminantes del pasaje.

Intercambiaron unas palabras en voz muy baja mirando en torno, inútilmente.

La rubia había desaparecido.

Jarnac, sometido contra su voluntad por una llave de antebrazo en opresión de cuello, alzó la zurda en señal de abandono.

Soltándole, retrocedió Flambel para preguntar sonriente:

—¿Qué diablos te pasó? ¿Qué juego te traes?

Se observaban en la penumbra como dos felinos dispuestos a reanudar los zarpazos.

Insistió Flambel:

—Denis se equivocó al calibrarte, chico. Si tienes tantos escrúpulos deberías dedicarte a oposiciones de bedel, caray.

—Yo solamente quiero salvar la pelleja. A ti, lo fácil te deslumbra. No ves más allá del punto de mira de un arma. El tártaro nos ha metido en una misión que funciona como una trampa para ratones.

—Y tú has saboteado la maniobra. Ahora, ¡échale un galgo a la rubia!

Jarnac alzó el busto apoyándose en los codos. Su pupila derecha se encontró a nivel de la carabina inmovilizada en su trípode. Dijo:

—Ven a ver el panorama.

Se apartó, mientras Flambel, a su vez, se internaba sobre el visor. Nada había cambiado. El objetivo seguía a la vista.

El libro verde continuaba en su sitio. El patrón y su joven vendedor atendían clientes. Masculló Flambel a regañadientes:

—Vaya tenías razón. Por esta vez no pueden reprocharnos nada. Y al decir, reprochar, ya sabes.

Se pasó un dedo por la garganta en ademán elocuente, antes de añadir.

—Te pido que seas leal hasta el fin y no me dejes solo en la trinchera.

—Me doy una hora más de centinela. Dentro de una hora, aunque el libro verde no haya volado, te planto y me largo. Espero que no aguardarás demasiadas horas al pájaro. De todos modos, mi parte es tuya. No quiero ver más al tuerto.

Recobrando su postura de tirador al acecho, refunfuñó Flambel.

—Me pregunto qué le pasaría a la rubia. Coge el libro con decisión, se lo envuelven, y de pronto, desaparece. Será quizás que la cara del elefantino librero vetusto la asqueó.

—Se fijaba en otra persona. Al otro lado del *stand*.

—¿Cómo lo sabes?

—Estaba en primera fila de butacas, ¿o lo has olvidado? Pude seguir la dirección de su mirada. Tenía la yema sobre el gatillo, pero me hizo titubear la expresión de la rubia.

—¿Parecía asustada?

—No. Estaba furiosa.

Al principio, Dora consideró que el viejo obeso hacía muchas filigranas para embalar el libro del tío Chil. Alzó ella distraídamente los ojos hacia la estantería del frente y se quedó como petrificada.

Un individuo rechoncho y paticorto, con nariz de tapir, se abría paso jugando hábilmente de codos, ondulando con destreza para dirigirse al fondo de las Arcadas.

Vestía un abrigo de pelo de camello, deslustrado por vanas vueltas al mundo, y llevaba en la diestra una amplia cartera de piel de cerdo.

Muy colorada, murmuró Dora entre dientes.

—¡Valiente bandido! Esta vez no te escapas. Con rapidez se apartó de la estantería librera. Pasó apresuradamente de largo ante la cafetería y tomó el atajo a través de las mesitas del *snack* sin preocuparse por las protestas de los consumidores.

El tapir humano se había perdido de vista.

Rabiosa, Dora perdió cinco minutos explorando las tiendas del pasaje. Una caminata que la llevó finalmente a las puertas encristaladas dando a los Campos-Elíseos. Salió un instante bajo la bóveda para mirar al exterior. No había rastro de su enemigo.

Regresando al interior, descubrió entonces la escalera iluminada que conducía al piso superior de las Arcadas. En la pared lateral del rellano había las etiquetas de una cincuentena de Sociedades y Compañías.

Las examinó sin gran esperanza hasta que de pronto halló lo que buscaba:

Geo Beyuls
Empresario
Despacho n.º 22.

CAPÍTULO VII

Jarnac acababa de relevar a Flambel y los minutos transcurrían con un malestar indefinible. Abajo, las Arcadas vivían el instante más fructífero de la jornada. Una multitud muy densa circulaba ante las vitrinas. El telefonazo procedente del jefe desconocido, repicaba a intervalos regulares.

El constante rumor del pasaje era tan fuerte que ninguno de los dos oyó el chasquido de la cerradura. La puerta de comunicación se abrió inundándoles de luz.

Flambel que estaba en pie junto a la cortina, permaneció expectante. Y también el recién llegado cuya corta silueta se destacaba sobre el fondo luminoso del recibidor...

Jarnac se había vuelto, sentándose para encubrir la carabina.

Con tono indignado quiso saber el recién llegado.

—¿Qué hacen aquí?

Replicó Flambel:

—Se equivocó de puerta, amigo. Y para empezar, ¿quién diablos es usted?

—Geo Beyuls. Regreso de una gira. Este despacho es el mío.

—Ya no. El local está vacante desde hace seis meses. El gerente nos entregó las llaves. Sea correcto y lárguese.

Intervino Jarnac:

—Nos molesta, ¿sabe?

Beyuls avanzó hacia aquellos dos desconocidos en mangas de camisa. Y por deformación profesional preguntó:

—¿Estaban ustedes ensayando algún número o comedia?

—No, no —sonrió Flambel—. Estamos filmando la muchedumbre de las Arcadas, con un fusil-cámara para tomas de vistas aceleradas. ¿Quiere verlo?

Jarnac se apartó. Beyuls se inclinó con curiosidad sobre la «Skoda 38» y se irguió sobresaltado como si acabase de ver un

monstruo.

Con el canto de la mano, Flambel le golpeó bajo la oreja izquierda y al desplomarse sin sentido Beyuls, lo mantuvo inerte cogido de las solapas del abrigo de piel de camello.

—Me cuido de él. No te apartes de la carabina.

El empresario terminó su gira en el armario-guardarropa del recibidor, pies y manos apretados en lazos de cinta de cortina. Regresando, Flambel se quejó:

—Si tenemos que sostener una lucha sobre dos frentes, la cosa se pone fea. Se lo diré al jefe del teléfono. No estabas errado al mencionar una misión tramposa.

—¿Y Beyuls?

—Dormirá un buen rato. Esperemos que el libro verde habrá encontrado su dueño antes que despierte el empresario de marras. Yo seguiré tu consejo estratégico. Nos largaremos por la otra escalera. La del patio me reluce ya como un coche funerario.

Miró con reproche a su compañero de armas:

—Debiste tumbar a la rubia sin remilgos, caray. ¡Sí, hombre! El disparo bastaba para dar por acabada la misión. Denis se la habría apañado con el Gran Mayor.

Reanudaron el acecho y pasaron largos minutos hasta que resonó el primer timbrado. Flambel alzó el aparato, pero el tintineo seguía.

Girando la cabeza hacia el recibidor, aclaró Jarnac:

—Alguien llamando a la puerta.

—¡Pues sí que vamos listos! Denis no dejó previsto que este blocao recibiría visitas.

El visitante pulsaba el timbre con insistencia, encadenando toques breves y largos como una ráfaga de insultos. Dijo Jarnac:

—El tuerto no es. No vendría a arriesgarse en primera línea.

—Vete a cerrar el conmutador eléctrico. Está en el armario, en el tabique. Si el empresario pretende moverse, lo duermes de un trompazo.

Jarnac se dirigió al recibidor, abrió el armario y cortó la corriente. Geo Beyuls deliraba mansamente sobre el suelo del armario empotrado:

—¡Soltadme, granujas! Esta noche debo presentar las veinte *misses* europeas en el Kursal de Buenos Aires. Un contrato de

millones de pesos.

Jarnac cerró dejándole enclaustrado en su pampa sudamericana. Fue a la puerta. El agujero de la cerradura era más estrecho que el visor de la «Skoda».

Pero pudo distinguir el pelaje gris que se removía furiosamente ante la puerta. Dora atacó de pronto el batiente a punterazos.

Desde el despacho preguntó Flambel:

—¿Quién es, demonios?

—No sé. Parece una mujer.

—Abre y trata de convencerla para que se largue, o sino vamos a tener encima a todos los oficinistas del piso antes de dos minutos.

—¿Y si no se calma?

—Le cascás en la cabezota y la acuestas en el armario encima del empresario. No puedo abandonar el acecho. Hay más de cien capullos girando en torno a esta condenada librería.

Jarnac cerró la puerta de comunicación y volvió a conectar la luz. Encendió la del recibidor. La pantera gris se entusiasmaba asestando golpes en la puerta que empezaba a cruji.

Jarnac abrió, saltando a un lado. La visitante entró en tromba. Volvió Jarnac a cerrar y reconoció sorprendido a la rubia del visón que, quince minutos antes, había escapado por escaso margen a una muerte violenta.

Sonrojada de furor y lanzando destellos sus ojos de pepona, chilló Dora.

—¿Dónde está Beyuls? Abra enseguida esta otra puerta o la derribo como sea.

—Debe tratarse de un error, ya que Beyuls está ausente hasta fin de mes. Exhibe reinas de belleza por Sudamérica.

—¡Embustero! ¡Sé que está! Me crucé con él no hace mucho bajo las Arcadas.

Dora sacudía enérgicamente el pomo de la puerta comunicante. Amablemente insinuó Jarnac:

—Debe sin duda tratarse de otra persona. Entre la multitud, la gente se confunde.

—¡No! Es imposible equivocarse con la cara de tapir y los ojos de marrano que se trae Beyuls. ¿Y usted quién es?

—El secretario de Beyuls. ¿Qué desea?

Dora soltó bruscamente el pomo de la puerta y acudió

lentamente hacia Jarnac, entornados los párpados, con expresión amenazadora. En la agitación su visión se había entreabierto descubriendo un vestido de punto color azul moldeando formas muy suculentas.

Susurró ella:

—¿Su secretarlo, eh? Pues bien, si Beyuls no aparece antes de diez segundos, usted va a cobrar en su nombre.

Se inclinó para sacarse un zapato cogiéndole sólidamente por la puntera como una culata y manteniendo en alto el tacón estilete.

Preguntó Jarnac.

—¿Qué le reprocha a Beyuls?

—Su Beyuls es un estafador que deambulaba el año pasado entre Ámsterdam y Bruselas en busca de algunas pavas para desplumar. Maldigo el azar que lo llevó una noche al «Bierstrip» donde me pagan para exhibir mi capital a bebedores de cerveza. Su Beyuls me extirpó diez mil francos de comisión sobre un contrato fabuloso que debía llevarme de éxito en triunfo por Egipto, Siria y el Irak. Sigo esperando el pasaje de avión y por esto busco a Geo Beyuls. ¡Quiero mis diez mil francos!

—Si los tuviese a mano, se los daría Pero el avaro de Beyuls no sale nunca del despacho sin antes haber vaciado los cajones Vuelva mañana, y lo encontrará.

—¡Embustero! Sé que ahora está en el despacho, allí dentro. ¡Abra o empiezo a romper cosas!

Esgrimió su zapato y fue a golpear la puerta. Tuvo que interponerse Jarnac. Esquivando por milímetros un taconazo, trató de empujar a la desmelenada rubia hacia la otra puerta.

Dora se debatía y de pronto asestó un recio bofetón chillando:

—¡Toma esto a cuenta, granuja! Se lo devuelves a tu patrón. Y voy a zumbarte más taconazos que a una alfombrilla.

Jarnac apoyó ambas manos en los hombros de la rubia, proyectándola hacia el diván de las visitas, donde ella aterrizó piernas al aire.

El choque cerró la boca de Dora que en su posición tendida, sintió mucha lástima de sí misma y gimió llorosa.

—No soy más que una pobre imbécil. Este guarro de Beyuls no se contentó solamente con mis diez mil francos Durante cinco noches seguidas, se tomó también otras comisiones y me

avergüenza recordar sus exigencias sádicas.

Su visión colgaba a uno y otro lado de su carnosa anatomía, y enormes suspiros alzaban su seno opulento.

Jarnac, fastidiado, empezaba a sentir algo distinto. No le habría disgustado ni mucho menos tomar algunas comisiones sobre el diván.

Su mirada iba de la hermosa rubia lozana a la puerta cerrada que camuflaba a Flambel y su artillería.

El empresario se puso a gemir en su escondite arañando los tabiques con los tacones. Dora se incorporó, asustada.

—¿Oyó? Hay algo ahí dentro del armario.

—Es el perro del patrón. Un animal muy puerco que se mea por todas partes. Lo encerramos en el guardarropa durante las horas de despacho.

Saltando en pie gritó Dora:

—¡Me llevo el perro como descuento de la deuda!

Alcanzó el armario antes que Jarnac, abrió la corredera y lanzó un chillidito de júbilo.

Tendido sobre la espalda, Geo Beyuls pestañeaba. Sus ojos de búho ostentaban una expresión demencial. Confundió a Dora con alguna de las veinte bellas harpías que se habían extraviado una por una entre Buenos Aires y Valparaíso.

Murmuró con voz pastosa.

—¿Qué haces aquí? Don Pepe te espera en el Kursal, para el desfile de *misses*. No te olvides que el bikini tiene dos piezas, y no formemos el escándalo como en Montevideo.

Agitando su zapato chilló Dora.

—¡Quiero mis diez mil francos!

Intervino Jarnac apaciguador.

—No se ponga nerviosa. Debe llevar dinero encima. Recoja lo que le debe y cerraré los ojos.

Registró Dora el abrigo de piel de camello hasta encontrar el billetero. Beyuls no opuso resistencia, aparte de tener los puños atados, su imaginación, alterada por el recio atemi de karate, galopaba por las Pampas.

Allá reclamaban con entusiasmo reinas de bellezas que habían dejado de serlo desde hacía dos o tres lustros.

Dora recuperó exactamente su dinero, calculando al cambio

legal, y como despedida asestó un taconazo que envió nuevamente a Beyuls a Sudamérica.

—Cuenta liquidada Hoy, no me hace mucha falta esta cantidad, pero me la birló en el momento más miserable de mi vida.

—Una estafa que no puede nunca perdonarse —admitió Jarnac sincero. Cerró la corredera ajustando el pestillo con alivio Apaciguado su rencor, Dora consintió en darse cuenta que el desconocido era un muchacho muy guapo. Interesante y misterioso Parecido a Alain Delon, en más duro.

Sonriendo ajustó su visión que olía a perfume caro. El empresario volvía a roncar en su celda y el diván mullido estaba cerca. Jarnac atisbó la esperanza de obtener una buena comisión. Mostraba ella la puerta.

—¿Hay alguien ahí dentro?

—Nadie Acaban de repintar la sala.

—No es motivo suficiente para encerrarse en el armario —rió ella neciamente—. ¿Por qué se tendió ahí dentro este majadero?

—Beyuls debió reconocerla al pasar bajo las Arcadas. No me dijo nada al llegar pero el temor le cortaba el soplo.

Acercándose, acarició con la palma el pelo del visón.

—Hermosa piel. Si jugamos al lobo, me dejo atrapar al primer salto.

Miró Dora su relojito. La tentación de someterse a una breve imprudencia agradable la rozó un instante. Por desgracia, el gordito Dyrk esperaba el libro del tío Chil en la habitación del Claridge.

—Tengo que regresar a la librería.

Jarnac también regresó de pronto a la tierra Dijo:

—No hay prisa. Cometería un error regresando allá. Es conveniente pensarlo a fondo antes de hacer un recado para otra persona.

El asombro dilató la mirada muy azul de Dora.

—¿Me vio?

—Estaba en el despacho, en pie, observando a la gente a través de la cortina Usted eligió un libro sin preocuparse de los que rondaban en torno a la librería. Geo Beyuls desvió su atención en el momento oportuno: si llega usted a llevarse el libro verde, iba a pasar un momento muy malo, desastroso.

—¿Por qué?

—En la vida hay ciertas tareas que no incumben a una mujer. Creo adivinar que el libro no era para usted.

—Nunca he leído un solo libro, porque no sé leer mucho. Y ya es tarde, para aprender. Pero si regreso al hotel con las manos vacías, Dyrk no estará contento. Parece que tiene gran interés por el libro verde.

—¿Quién es Dyrk?

Rió ella campechana.

—Mi amigo serio. Rebosa de dinero por todas partes.

Tiene dos agencias de cambio en Bruselas y otras dos en Amberes.

—¿Es guapo?

—¡Que va! Es muy gordinflón.

—Supongo que no le contentaría saber sus líos con Beyuls.

Alzó ella el rostro como una pava inquieta:

—¿Chantaje?

—No. De este pan nunca he comido. Es simplemente una advertencia para que se calle. No me gustaría que alguna noche el «Bierstrip» se viese privado de su rubia estrella, de golpe.

Dora parecía fascinada por aquel guapo moreno de rostro enjuto, blancos dientes, y musculosos antebrazos. No tenía bastante penetración para atribuirle alguna profesión concreta. Pero adivinaba en la mirada de los negros ojos acariciantes, un humorismo inquietante que inspiraba, docilidad en la impresionable y poco inteligente rubia:

—¿Qué debo hacer?

—Regresar sencillamente al hotel, ¿qué hotel?

—El Claridge.

—Vuelva al Claridge y díglele a su Dyrk que el libro verde está a su disposición, pero no a la de usted. Ya veremos lo que decide.

—Es un miedoso. Lo conozco bien. Es capaz de enviar al botones.

Se llevó una mano a la boca y su redondo semblante sensual se tensó de temor:

—¿Y si se presenta él en la librería que le pasará?

—No lo sé. Dependerá de su suerte. Y posiblemente su ricachón debe andar sobrado de buena suerte.

—¿Qué, que me aconseja?

—Apenas no la vea, cierre su maletín de viaje y escape sobre la punta de los pies.

—¡Dyrk corre peligro! Sería mejor que fuese a avisar a la policía.

—No es preciso. Es muy posible que la policía le pise los tacones hace más de veinticuatro horas.

Alzando su cuello de piel se estremeció ella.

—Me voy. Nunca nos volveremos a ver.

—Lástima. Me estaba usted gustando horrores. Apenas se vaya, habrá perdido un verdadero amigo, créame.

—Yo me gustaría volverle a ver.

—Cuando salga, recuerde que a distancia puede causar mi muerte, si habla demasiado. Me importa un pepino en el fondo, pero lo que me molesta es dejarla a merced de un tratante de blancas y de un estafador internacional.

—Ya vio que he terminado con Beyuls.

—¿Y con Dyrk?

—Es demasiado rico. No puedo permitirme el lujo de perderlo.

—Entonces no se acerque para nada al libro verde y salga pitando hacia Bruselas. La fatalidad o el destino se cuidarán del resto.

—¿Se burla de mí?

—No. Y soy sincero, créame. Es evidente que usted ignorándolo cayó en el centro de una intriga tenebrosa y me esfuerso en ayudarla. Si por desgracia, al salir, volviera usted a sentirse inconscientemente optimista, vivirá poco tiempo. ¿Comprendido?

Se alzó ella sobre la punta de sus pies. Sus adherentes labios abarcaron los de Jarnac que permaneció inmóvil, sin corresponder al beso.

Salió ella apresuradamente y comprobó Jarnac que nadie la seguía por el ancho corredor.

En el despacho demostró Flambel su impaciencia.

—¡Caray! Tardaste mucho en librarte de la pelmaza. ¿Qué quería?

—Decirle dos palabras a Beyuls.

—Se lo habrás consentido y supongo que seguirán la charla bien atados en el armario.

—La dejé irse. Es una locuela que para nada amenaza nuestra tranquilidad.

—Te olvidas por lo visto, del concierto de tambor sobre la puerta. En lugar de mostrarle tu guapa jeta, habrías hecho mejor en tumbarla sin sentido. Tu sensiblería te perderá.

—Estimé más útil reservar dos o tres plazas para visitantes más agresivos. Si continúa el desfile, pronto estará completo el armario.

Flambel rió con ganas. Señaló Jarnac la cortina:

—¿Nada nuevo?

—Sí. Alguien está mordiendo el anzuelo. Conservo el dedo en el gatillo unos instantes más. A lo mejor éste es el aspirante al eterno reposo.

Se arrodilló Jarnac para inspeccionar el animado espectáculo de las Arcadas. En el stan, en el lugar estratégico del objetivo, un fornido individuo hojeaba el libro verde.

Mordía una pipa corta, apagada. El ala del fieltro negro sombreaba un rostro macizo del que solamente se distinguía la boca delgada y los salientes maxilares.

Vestía un amplio abnío castaño amoldado por el largo uso.

El viejo catálogo de la Fábrica de Armas y Bicicletas de Le Nouvion parecía acaparar toda su atención.

Rezongó Flambel.

—Tengo cosquillas en la yema del índice.

—Pues reza para que este cliente no sea el que reciba el pepinazo.

—¿Por qué no? A mí tanto me da éste como otro cualquiera.

—Hay un pequeño detalle. Si te cargas a éste, verás amanecer un día muy tristón, mientras te empujan hacia la navaja final de Gulbrich.

—¿Eh? Déjate de bromas tétricas. ¿Quién es el fulano ese?

—Un policía. Nada menos y nada más que Guy Rocher, comisario de la judicial.

CAPÍTULO VIII

El comisario Rocher acababa de hallar al azar de las páginas el Browmng francés «Bruyant», calibre 7,65, modelo 1902, y meditó que en aquella época había buen armamento a precio irrisorio.

Al cabo de unos segundos sintiéndose observado de cerca, alzó la vista. El viejo propietario de la Librería Gulbrich se erguía al otro lado de la estantería, comentando obsequiosamente.

—Un ejemplar excepcional Una pieza rara procedente de las colecciones Godmsky. Veo que el señor sabe apreciar los libros de calidad. Por desgracia, lo vendí ayer.

—¿Cuánto?

—Doscientos francos, con estuche forrado en piel.

—Algo tan caro corre peligro. Valdría más que lo quitase de la estantería. Con tanto paseante, alguien podría burlárselo.

La entonación mordaz del policía no invitaba a la réplica. Saludó Gulbrich y sus ojillos de paquidermo siguieron la fuerte silueta del desconocido, que iba alejándose lentamente.

Hacía aproximadamente una hora que el comisario Rocher deambulaba por las Arcadas para ir soportando una espera que amenazaba prolongarse hasta la noche. Era todavía pronto para saber si la primera salida de Dyrk Vandam tenía algún significado. Lo había visto comprar un periódico y echar un vistazo a los libros de arte. El comisario lo dejó irse, ya que nada sospechoso presenció.

Además, tenía cuatro agentes apostados para asegurar el éxito de la redada. Dos esperaban en el vestíbulo y en los pisos del Claridge; el tercero, Prevost, patrullaba incansablemente por las cercanías, efectuando el enlace entre su jefe y el coche, tras cuyo volante, el cuarto agente escuchaba el emisor-receptora de la Policía Judicial.

Aquella ratonera camuflada en el movimiento de una gran avenida era para dejar correr al ratón sin dejarse ver, hasta el

agujero donde se suministraba el buen queso: divisas, drogas, documentos.

Quince horas antes, al abandonar Vandam su domicilio de Bruselas, una llamada urgente de la Interpol puso en movimiento la escuadra del comisario Rocher que salía ahora de las Arcadas.

Prevost, macizo y jovial, aguardaba cerca del 403, encasquetado el sombrero hasta las orejas. Dio su informe:

—La desnudista del «Bierstrip» acaba de regresar al nido. Subió directamente a la habitación de Vandam.

—El hambre los hará salir pronto.

—Oiga, jefe entre nosotros. Su comunicante de Bruselas debió indicarle ayer que esta rubia tenía participación en el tráfico.

—¿Por qué lo crees así?

—Salieron del hotel uno tras otro, por separado, como para tantear el terreno en algún lugar.

—No creo que Dora sea cómplice para nada.

—¿Por qué, jefe?

—Esta gente que trafica en todo es demasiado zorra para subordinar un beneficio de millones a los patinazos posibles de una hermosa burra como Dora.

—Entonces, ¿cómo fueron uno y, después la otra, a las Arcadas?

—Vandam para comprar un periódico y la rubia para adquirir medias en una tienda al fondo.

—En todo caso ella tardó muchísimo más que el agente de bolsa.

—No, hombre. Yo lo seguía, y volvió a salir a los seis o siete, minutos.

—Exacto, jefe, pero entró en las Arcadas por segunda vez.

—¿Cuándo?

—Casi de inmediato a su aparición. Avancé hasta el porche y como usted parecía aguardar tras una cristalera, pensé que mantenía contacto y regresé al coche.

—¿Qué hacía Dora?

—Estaba parada bajo la entrada de la escalera y mirando las placas de inquilinos.

—¿Y después?

—Yo seguí fuera. Pasó un buen cuarto de hora y salió Dora para dirigirse rectamente al Claridge. Como si tuviera una hélice en el pandero.

—Vamos a ver las cosas de más cerca.

Penetraron bajo la bóveda y en el rellano de la escalera principal, Rocher fue descifrando parsimoniosamente las placas. A primera vista, todas aquellas oficinas eran sospechosas y podían servir de camuflaje a los peores tráficoes ilegales.

Las siglas y abreviaturas denunciaban un carácter de provisionalidad, una tesorería exigua y fines de mes dramáticos.

Decidió Rocher.

—Eliminaremos los tendedores de alfombras, los productores de cortometrajes y los agentes de publicidad. En tu opinión, ¿qué pudo buscar Dora en esta caverna de timadores?

Divertido opinó Prevost:

—Puede usted tachar también a los fabricantes de pañales y equipos premamá. Si Dora esperase un bebé se hubiese más que visto en el «Bierstrip».

Finalmente, a fuerza de seleccionar, Rocher retuvo solamente tres nombres.

«Créditos Regal
»Transacciones e Inversiones»
«BIBLIOFAN»

—¿Por qué anota el Bibliofan? Parece una revista para yeyés, jefe.

—Es una sigla intraducible que parece camuflar bribones de envergadura. Y este otro voy a visitarlo también.

Leyó Prevost en voz alta lo que señalaba Rocher:

GEO BEYULS
Empresario

—Antes que tu afán de ilustrante pregunte, contesto, Prevost. Un empresario suele tener relaciones con practicantes del «striptis», ¿no?

—Ajá, jefe.

—Vuelve al coche y no te muevas más Si la pareja del Claridge deciden asomarse al exterior, ya sabes dónde encontrarme según la hora. Voy a empezar la gira por el empresario de cabras bellas y frívolas.

Flambel hurgó en el cartoné para extraer el frasco de coñac Hennessy dos estrellas. Jarnac oyó el chirrido del tapón enroscable. Dijo:

—No te encurdes ahora, compinche. O le zumbas a los libreros.

—Beber durante una misión es contrario a mis principios, pero ya no aguanto más. Por otra parte, no es seguro que sea yo el que tenga el honor de apretar el gatillo.

Bebió un largo trago y, chasqueando la lengua, brindó:

—¿Un sorbito, Jarn?

—No por ahora, Flam.

Seguía Jarnac acechando a los dos de la librería Gulbrich que conversaban en susurros mirando en torno con aire falsamente indiferente. El paquidermo no parecía contento.

Por encima del hombre de su compañero, opinó Flambel.

—Para ellos también la espera comienza a ser enervante.

—Entonces, ¿estás convencido que ellos dos están en el golpe?

—Que esperan al comprador del libro verde, es infalible, pero seguro que no saben que una bala blindada les zumbará pronto cerca de los oídos. En un caso así, de saberlo, y aunque fuera un veterano de todas las guerras, caminaría encogido. Esos dos me parecen ajenos a nuestro pepinazo.

Paseó lentamente por el despacho añadiendo:

—Fumo un pitillo y te relevo. No estuvo absurdo Denis al enrollar a dos buenos pulsos para esta misión insensata. Un hombre sólo aquí dentro, tardaría una semana en recobrar su sano juicio.

La llamita de su encendedor iluminó brevemente los carteles y las fotos de «starlets» clavadas en las paredes.

Resonó el largo timbrado en la puerta.

Flambel estalló en imprecaciones, tirando furioso el cigarrillo sobre la alfombra, pisoteándolo con saña.

—¿Vas o voy? —preguntó Jarnac.

—Esperemos un poco.

El intervalo de silencio los tranquilizó progresivamente, hasta que de nuevo repicó el timbre prolongadamente. Rezongó Jarnac:

—Debe ser la doncella de antes. Si nos hacemos los sordetas es capaz de reanudar su concierto de taconazos sobre madera.

—Voy a abrirle, pero te juro que esta vez va de cabeza al armario.

Pasó Flambel al recibidor, cerrando con llave la puerta comunicante y pulsando el conmutador. Abrió con violencia la puerta del corredor.

Reconoció al instante al hombre del abrigo castaño que preguntaba.

—¿El señor Beyuls?

—Yo mismo. ¿Qué desea?

Rocher tendió indolentemente su placa alojada en el hueco de su diestra.

Flambel sintió que se le erizaban los rizos de la nuca. Pero adoptó un aire de ofensa.

—Me gustaría mucho saber que viene a hacer la policía en mi casa.

Lo dijo en voz lo bastante alta para ser oído por Jarnac.

Replicaba Rocher.

—No se ponga nervioso, joven. Busco simplemente un pequeño informe y nada más. Hace unos instantes, ¿no le visitó la señorita Dora Coumans?

—No conozco a ninguna de este nombre.

—Se trata de una rubia, muy rubia, con abrigo y boina de visón que se gana la vida pillando resfriados nocturnos en un local cervecero. Hace eso que llaman «striptis».

—Ah, ya. ¿Se refiere a la chota? Sí, vino a tamborilear en mi puerta.

Con agilidad se filtró Rocher por la abertura y cerró arqueando su posterior contra la puerta. Estaba algo intrigado por la sardónica faz del supuesto Beyuls, cuyos ojos grises revelaban un hombre de acción, sin escrúpulos.

—¿De qué discutieron con Dora Coumans?

—Buscaba con urgencia un contrato da circunvalación por capitales sudamericanas. Precisamente regreso de allá, tras haberlo perdido todo menos el honor, y no pienso volver, ni con seis docenas de Venus juveniles.

—¿Está seguro de que ella no le mintió?

—A mí, no. Conozco sobradamente a esta clase de chifladas. Pero ya no contrato ni a la gemela de Sofía. Tuve que zarpar de Montevideo en barco de carga que transportaba toneladas de carne congelada ¡Figúrese! Seis meses antes, señor, yo desembarqué en

Copacabana en yate de lujo escoltando veinte reinas de belleza cuyo desfile congestionó a la mesa varonil y me dejó tambaleante.

—¿Qué le pasó?

—Miss Alaska se perdió en un carrusel de la playa. En una etapa, los fazendeiros del lugar asaltaron el autocar raptándome a las restantes. Me quedé solamente con Bebita, una enfermera cincuentona que se llevó un negro, creo que caníbal, y mi distinguido cajero se evaporó con la caja. He aquí porque regresé con cinco mil cadáveres de buey envueltos en plástico. Todo para explicarle a usted la razón por la cual la rubia de antes se equivocó de sitio al buscar contrato en mi arruinada empresa.

El asiento del supuesto empresario vaporizaba coñac fuerte a larga distancia, y sus redondos ojos de lince expresaban una inquietud inteligentemente contenida.

La mirada del comisario recorría el recibidor. Se posó con insistencia en los antebrazos musculosos del que aguardaba silbando tenuemente, inmóvil y recio, como una locomotora bajo presión.

Indiferente preguntó Rocher:

—¿Por qué lleva usted guantes de hilo negro?

—Por culpa de una alergia. Cuando llamó usted, estaba yo efectuando una limpieza. Me voy por seis meses y al regreso me encuentro con una pocilga.

Flambel tenía ya una convicción. El policía había husmeado algo sospechoso. Estaba solamente separado del secreto por una puerta cerrada.

Y Flambel se dispuso a enviarlo al armario en el momento oportuno. Rocher dio unos pasos fingiendo reflexionar y rozó al pasar la puerta de comunicación. Su mano, como por azar, rodeó la manija, pero la puerta no se movió.

Con expresión negligente indagó:

—¿Por qué tiene esta puerta cerrada con llave?

—Acabo de llegar. No he tenido tiempo de inspeccionar mi despacho. Pero no pisa la buena pista, capitán. Si la llamada Dora estuviese ahí dentro, se daría cuenta por los chillidos y sollozos de decepción.

Tendió la llave. Su gesto espontáneo desconcertó a Rocher, cuya desconfianza se fundió hasta el punto que volvió la espalda para

introducir la llave en la cerradura, diciendo:

—¿Me permite?

—Por favor. Haga como en su propia casa.

Y Flambel se preparó a asestarle un atemi especial.

Rocher abrió y sin franquear el umbral, no necesitó encender la luz. Las láminas de la cortina, alzadas en horizontal, dejaban penetrar a chorros la luz indirecta de las Arcadas.

El despacho estaba inundado ahora por una luz suave y dorada que rozaba apenas la pared del fondo.

Flambel contuvo por centímetros el golpe fulminante que iba a conectar con la carátide del fisgón.

A la vez, se pasmó maravillado.

Jarnac y la carabina sobre trípodes habían desaparecido mágicamente.

Los cojines desgastados se encontraban de nuevo en su sitio normal, sobre el diván angular esquinado con la mesa. Todo estaba en orden.

La ropa esparcida y el cantoné del *snack*, también habían desaparecido. Ninguna colilla en el espacio visible de la alfombra.

Rocher cerró, devolviendo la llave. Señaló la tercera puerta corredera.

—¿Y allí?

—El armario guardarropa.

—¿Puedo mirar?

—A condición que tenga las narices a prueba de impacto. Acabo de amontonar allí dentro toda mi ropa sucia traída desde Argentina en dos baúles.

Rocher no insistió. Dijo:

—Excuse las molestias.

—Ha sido usted muy correcto. No puedo decir lo mismo de la rubia.

—Sigo encontrando rara su visita. Tiene un protector muy rico. ¿Por qué iba a venir en busca de un contrato? ¿Está seguro de que ella no buscaba otra cosa al llamar aquí?

—Puedo jurarle que no vino por mis bellos ojos. Además, estoy demasiado fatigado para pensar en cabriolas eróticas. Un hombre cuya profesión es pasear rebaños de mujeres bonitas por los cuatro puntos cardinales, aspira, a hacerse cartujo lo antes posible.

—Buenas tardes.

Rocher salió pensando que aquel rubio atlético era un granuja, pero su mísera actividad de alcahuete consentido no podía camuflar un tráfico a escala internacional.

Continuó hasta el fondo del pasillo para echar un vistazo a «Créditos Regal». Era una agencia de informaciones por correspondencia que editaba un boletín bimensual. Solamente ver a la mecanógrafa anémica tecleando tras una barricada de carpetas polvorientas hizo desistir al comisario.

Al volver sobre sus pasos no prestó atención a la puerta 22, que se entreabrió lentamente.

Flambel, prudente, temía un posible retorno imprevisto. Vio al comisario detenerse ante la última puerta, alzar la mano hacia el timbre, y dejarla caer aburridamente.

La misteriosa Bibliofan siguió cerrada.

Al alzar la mano había visto la hora en su reloj pulsera. Pensó que la pareja de belgas podían salir de un momento a otro del hotel, y prefería seguir una pista segura.

Flambel aguardó todavía unos segundos y cerró al oír abrirse a su espalda la puerta de comunicación. Declaró jovialmente:

—¡Enhorabuena, Jarn! Se puede contar contigo en una situación delicada. ¿Dónde estabas?

—Tras la puerta, arma en alto. Camuflé todo el petate tras la mesa. Sí el policía hubiese dado un paso adelante, hubiese encajado un culatazo incluido trípode.

—Este botarate nos ha hecho perder unos diez minutos de acecho.

—No te preocupes. El libro verde sigue en su sitio.

La Skoda volvía a estar en batería como antes, delante de los cojines sobre la alfombra y la cortina proyectaba sus láminas de arriba a abajo.

Buscando el cartoné con el frasco de coñac confesó Flambel:

—Estas emociones me han sacudido de calcaños a cogote. ¿Nos soplamos un toque de tónico?

—De acuerdo.

En tres tomas alternadas, rebajaron el líquido de la botella hasta la línea inferior de la etiqueta.

Enroscaba Flambel el tapón metálico cuando el tintineo del

teléfono estalló agudamente por encima de sus cabezas.

Ambos se echaron a reír, y comentó Flambel, desdeñoso:

—El Gran Mayor. Dile de mi parte que se vaya a la mismísima caquita. ¿Quién será este condenado jefazo?

CAPÍTULO IX

Por enésima vez ahorquilló Mudros el teléfono sin haber hablado. Sonreía satisfecho. Tía Melba dijo:

—Acabarás por poner nerviosos a los dos muchachos.

—Pago una tarifa bastante elevada para tomarme el derecho de vigilar si estos dos tiradores de primera siguen en su puesto.

—En todo caso, tu trampa no parece dar resultado. Yo en el lugar de los dos pistoleros de la carabina, hubiese acribillado a la rubia sin más contemplaciones —declaró tía Melba suavemente.

Objetó Mudros.

—No se llevó nada la rubia. Hasta los mismos Gulbrich parecían indecisos. Esperemos el regreso del mayor.

Cogió los prismáticos de encima la mesa del despacho, y extirpó penosamente sus ciento y pico de kilos del sillón directorial.

La cristalera-ventanal del «Bibliofan» era la segunda del piso de despachos y dominaba el *snack*-bar. Entrevista de sesgo, casi a lo largo, la librería Gulbrich que daba en parte transparentada por los biombos de la cafetería.

Pero el libro verde era perfectamente visible en el centro de la estantería. Y nadie podía acercársele sin ser inmediatamente visto a través de la cortina graduable del despacho número 4.

Alzó Mudros los gemelos entre sus manos regordetas para espiar la muchedumbre. Su cabeza de bonzo, de párpados caídos, se hincaba en un cuerpo monumental que propulsaba por todas partes con una lentitud ceremoniosa.

Sus cabellos, recios y negros, empezaban a platear, pero sus pómulos sonrosados de excampesino griego le hacían parecer mucho más joven y casi ingenuo.

Comentó tía Melba:

—Hubiésemos estado mejor pasando el fin de semana a quinientos kilómetros de distancia. Aquí hay demasiado riesgo.

Verás los sudores que pasaremos cuando el pasaje pulule de polizontes febriles.

—No tienen motivo alguno para venir a oler el agujero de la cerradura de la «Bibliofan». Y quiero estar en el sitio adecuado, al instante del disparo, para ver si el trabajo es ejecutado sin chapuzas. ¿No te alegrará presenciar el salto mortal del cretino que nos ha complicado así la existencia?

—De acuerdo que me mondaré a gusto —admitió Tía Melba—. Pero esto no impide que estés jugando con fuego. Como hasta ahora has salvado todas las papeletas, has acabado por creerte la reencarnación de Rommel, con tus estrategias raras. Uno de esos días, al colocar nuestra mercancía en sitio tan original, los dos Gulbrich se harán enredar por cualquier mujer de faenas y toda la banda iremos a parar a la «cangri».

Sin volverse, declaró Mudros lacónicamente:

—Envejeces, tía Melba.

Tía Melba no era la tía de nadie, pero su apodo se lo daban por afecto burlón los componentes de la banda del «Bibliofan».

Bajo el tinte rojo, ostentaba una cara de institutriz afable, con una sombra de bozo sobre el labio superior. La respetaban mucho por su gran talento. Doce veces había sido sitiada por la policía, logrando escapar milagrosamente.

Empedernida contumaz, tenía que cumplir ciento setenta años de diversas condenas en las cárceles de Francia. Pero como la buscaban bajo siete identidades distintas, tía Melba seguía comiendo con gran apetito sin insomnios.

Mudros tenía en mucha estima a su otoñal amante siempre vestida de negro que ocultaba una energía y un descaro monumental bajo su aspecto de maestra benévola.

Tía Melba insistió.

—Te he recomendado cien veces que acuarteles a los dos yugoslavos en la imprenta y los mantengas apartados de la circulación. No me fío de los eslavos. Son volubles, tornadizos y caprichosos. Pueden ser fácilmente traidores en potencia.

Bajando los prismáticos, expuso Mudros pacientemente:

—Hasta ahora, la librería Gulbrich ha constituido una distribuidora automática perfecta. Nadie sospechará de un paseante que compra un libro y se lleva un paquete conteniendo dos millones

de francos actuales. Es la cantidad en billetes nuevos y crujientes que puede contener una caja de 8 centímetros de alto por 22 de ancho y 28 de largo. Este sistema ofrece además el máximo de seguridad. Hasta el día de la fecha, ya hemos liquidado sin contratiempo diecinueve de estas cajas-libro, o sea la casi totalidad de la emisión.

—Y la caja número veinte te recaerá como una teja sobre el hocico. Los cambistas daneses, belgas, holandeses, suizos, italianos y griegos que te han pagado tu papel nuevo al tercio de su valor nominal, suponen un peligro, porque si llegan los polizontes a sus taquillas, ellos tratarán de echarle las culpas a cualquiera.

—Salvo nosotros dos, los Gulbrich, el mayor y el difunto Raven, nadie conoce a nadie, mientras que nosotros tenemos debidamente clasificados en nuestros archivos a cada miembro de la red. Si se produce un tropiezo a lo largo de las mallas, quedamos alertados tan eficazmente como si fuese una avería de corriente en el sector, sin que nadie sospeche de la «BiblioFan».

—Pero tu sistema por paquete-libro no acaba de gustarme.

—Era preciso elegir. Si hubiésemos despachado la mercancía en cantidades pequeñas, desde una trastienda o un pabellón de la campiña, hubiésemos estado a merced de un atraco dirigido por un granuja cualquiera. Solamente puede uno resguardarse contra una traición fragmentando al máximo las complicidades.

Tía Melba refunfuñó ante el tono doctoral de Mudros y persistió:

—Nuestro plan primitivo era más tranquilo. Contratar a cuatro o cinco «pasadores de frontera» para liquidar el *stock* de una sola vez, en lugar de pasarnos todo un verano teniendo bajo las posaderas un volcán de billetes nuevecitos.

—Eres demasiado buena, tía Melba, al confiar en los cuervos de fronteras. Medita en Raven. Era de fiar. Era prudente. Sin embargo, estas cualidades no le han impedido pisar demasiado el acelerador y estrellarse contra un camión. Y el muy animal se hace papilla. Y aquí estamos todos en ascuas porque el difunto Raven era el único de nosotros seis que conocía al hombre que hemos de liquidar.

Suspiró Mudros al volver a sentarse pesadamente. Agregó:

—¿Qué aspecto tiene el llamado Vandam? ¿Gordo, flaco, rubio, moreno? Nadie sabe nada de él. Sólo sabemos que la Interpol lo persigue y que el cretino se descubrirá hoy ante nosotros, solamente

un breve instante, al comprar el libro verde según el protocolo convenido. Si no aprovechamos este último segundo para liquidarlo, luego ya será tarde. La policía lo atraparé y le hará cantar. Todo el éxito de nuestra operación se verá comprometido y nos veremos obligados a clausurar la «Bibliofan».

—No Soy ninguna melindrosa y me tiene sin cuidado ver la cabeza de tu Vandam saltar por los aires. Pero podrías habértelas arreglado de modo a que le administrasen este balazo en otra parte y no precisamente bajo nuestras ventanas.

—¿Dónde y cómo? —preguntó Mudros pacientemente.

—Bastaba seguirle apenas cogiese el libro y acorralarle en un rincón oscuro.

—Un plan infantil, querida. Los polis que le siguen no dejarían la menor oportunidad a nuestro seguidor y la captura de éste supondría orientarles rápidamente hacia Denis, el tuerto. ¿A qué tienes miedo? Estamos protegidos por la división en compartimientos estancos anónimos de nuestra organización. Sentado en este despacho, frente a ti, estoy tan libre de sospechas como la solterona de Créditos Regal o el viejo loco de al lado que se pasa la vida llenando sobres con sellos.

—De todos modos, el estampido del disparo se oirá de lejos.

—Pero dado el tumulto que reinará en las Arcadas apenas suene el zambombazo es más que seguro que la poli no podrá determinar antes de varios días el emplazamiento del puesto de tirador.

Se callaron al oír abrirse la puerta de entrada. El apodado Mayor penetró en el despacho con paso marcial. Vestía abrigo de cheviot gris, traje de franela gris, sombrero hongo gris, y todo su atuendo avaloraba su honorable aspecto militar, acrecentado por la cinta de condecoraciones, usurpadas, que lucía en la solapa.

Mudros y tía Melba le interrogaron con la mirada. El Mayor expuso:

—Acato de entrevistarme con Zarko Gulbrich. La rubia dio la consigna. Los dos yugoeslavos actuaron como robots, la consigna es siempre la consigna. Por suerte, el viejo Gulbrich tenía sus dudas, y se atardó más de la cuenta en hacer el embalaje. La chica, debió olerse algo y desapareció sin llevarse el paquete.

Tía Melba se volvió furiosamente hacia Mudros.

—¿Qué te había dicho, tarugo? Tenías que prevenir la

posibilidad de que el zopenco de Vandam mandaría a otra persona. Ahora, estamos listos.

—Ya asomará —afirmó Mudros.

El Mayor hizo un gesto evasivo antes de explicar.

—Por suerte, los guerrilleros de Denis obedecieron la consigna al pie de la letra, pero si la rubia llega a llevarse el paquete embalado por Gulbrich, la tumban sin provecho para la organización ya que es Vandam al que hemos de eliminar. La rubia tal vez vuelva, pero Vandam no se atreverá a presentarse en persona. Con energía exclamó Mudros:

—¡Banda de idiotas! ¿Creéis que el belga despreciará les doscientos mil de beneficio neto que le representa su ida y vuelta París-Bruselas? Se puede ser medroso, pero no hasta tal punto. Simplemente delegó como avanzadilla a su muñeca rubia para asegurarse que todo iba bien y lo veremos asomarse dentro de poco. ¿Para qué ponerse nerviosos?

—Nerviosos están los Gulbrich, papá y niño —afirmó el Mayor.

—¡Con razón! Colócate en su lugar la perspectiva de oír el cercano zumbido de una bala capaz de tumbar a un rinoceronte debe calentarles los tímpanos.

Intervino tía Melba:

—La policía les caerá encima a los Gulbrich.

—Claro, pero los Gulbrich serán simplemente testigos, como los tenderos restantes. De todos modos, la tentación de traicionarnos se les pasará definitivamente antes de cuarenta y ocho horas.

—¿Cómo?

Una tenue sonrisa tensó los pesados párpados de Mudros:

—Es tradición entre ciertos fabricantes que se rompa el molde tras el uso para limitar el tiraje de una serie excepcional. Haré un arreglo con Denis. Le complacerá librarnos para siempre de los dos Yugos a la misma tarifa que para Vandam.

Admirado dijo el Mayor.

—Haces las cosas en grande tú.

—No es dinero despilfarrado. Una vez eliminados los dos Gulbrich, estaremos tan seguros como al principio de nuestra asociación y la parte de ambos difuntos, añadida a la del fenecido Raven, se añadirá a las nuestras.

Alzó el índice en ademán de profesional y dijo:

—Pero no hay que olvidar que si por desgracia Vandam escapase, la policía averiguaría tarde o temprano lo que vino a buscar a París, y adiós beneficios, aparte de que perderíamos la tranquilidad que desde hace cinco años nos asegura la «Bibliofan».

Señaló las paredes recubiertas de vitrinas que subían hasta el techo. También había vitrinas en el recibidor y en la sala de lectura acondicionada en el número 4 bis. Contenían unas veinte toneladas de Enciclopedias.

Un rata de biblioteca, diez años antes, había fundado aquel panteón literario llamándolo «Fanal Bibliotecario», transformándolo para efectos correo y contribuciones en «Bibliofan».

Al morir, ya tenía por amigo a Mudros, que planeaba hallar una pantalla honorable para sus trapicheos. Lo adquirió por cuatro cuartos. Su cabeza de bonzo encajaba a maravilla en medio de aquella sabiduría petrificada en el aburrimiento.

Tía Melba tenía al día el catálogo de libros y regalaba a la Beneficencia para Madres Solteras, los 275 francos anuales, que como subvención concedía el Ministerio de Educación a aquel centro cultural.

Cada cinco o seis semanas, algún estudiante de provincias se arriesgaba a entrar en la «Bibliofan», se sumía en búsquedas fastidiosas durante un par de horas y salía de allí abombado, jurándose nunca volver, bajo la irritada mirada de la bibliotecaria Tía Melba.

El Mayor se alisó con la uña del pulgar su bigotillo blanco:

—Muy bien Ahora dependemos de los dos legionarios contratados por Denis, y del capricho de este cobarde belga que se parapeta tras faldas femeninas. Entre nosotros, es despreciar nuestro esfuerzo personal. Me he roto el lomo desmontando la imprenta de Les Mureaux, y allá todo quedó impecable. Ya no trabajo más. En caso de jaleo duro, no cuentes conmigo para nada belicoso.

—Nada te he pedido. Haz como Tía Melba. Aplícate las manos sobre la tripita y echa a rodar tus pulgares, en espera del tiroteo salvador.

Los tres, en pie tras la cristallera, miraban en silencio la multitud a la cual la nieve impulsaba a buscar la protección y tibieza de las Arcadas.

Poco después, la puerta de entrada se abría dando paso al joven

librero yugoeslavo Zarko Gulbrich. Lo acogió Mudros con sonrisa venenosa.

—No te necesitamos aquí. Tu sitio es allá al lado de tu papá. El Mayor nos ha contado vuestros titubeos con la rubia. Si por casualidad, tuviese ella la cara dura de volver a reclamar, decidle que el libro verde quedará a disposición de Vandam hasta las siete de la noche. Es nuestra última oportunidad de hacerle salir de su agujero.

Los sombríos ojos de Zarko Gulbrich no expresaban ningún sentimiento. Dijo con tono glacial:

—Espero que vuestros dos fulanos tiradores del entresuelo no tengan el tembleque fácil. Ni a papá ni a mí nos gustaría digerir una bala perdida. Tampoco vosotros, supongo.

—¿Qué quieres decir?

—Nos hemos asegurado contra todo imprevisto. Un accidente de esta clase, es decir un balazo de propina para papá y para mí, os costaría muy caro.

Salló caminando hacia atrás, manteniendo la vista fija en el temible trío explotador de «BiblioFan» como organización de traficantes.

Apenas se cerró la puerta masculló Mudros entre dientes:

—Es farol, pura fanfarronada. Pero ya que se han puesto a desconfiar, será mejor que acortemos el plazo de vida que les concedí a estos dos artistas.

Se volvió hacia el Mayor que alisaba su bigotillo con aire muy pensativo.

—Tú eres el que tiene el número de Denis, y el único que entra en contacto directo con él. Le llamas ahora mismo, y le dices que te espere antes de media hora en el sitio acostumbrado para vuestras citas.

Salió el Mayor y, frotándose las manos, decretó Mudros:

—No te inquietes, vieja. Todo está previsto por el mando. Un poco más de paciencia, y acabaremos con el fantasmón de Vandam.

CAPÍTULO X

Dyrk Vandam se mordía las uñas tras la puerta de la habitación del hotel. Entreabrió por centésima vez. A la vuelta del pasillo apareció el visón de Dora. Acudía sin prisas, cimbreado el talle, sonrosadas las mejillas de pepona y haciendo girar al extremo de la mano su bolso.

Vandam comprobó que era lo único que llevaba en las manos: el bolso. Su decepción fue tan aplastante que su papada empezó a temblar epilépticamente. Al cerrar tras la entrada de Dora, musitó sofocado:

—¿Y el libro?

—Tu frase de contraseña ha tenido un éxito bárbaro, chatín. El viejo del *stand* no quiso tragar y me rió en las narices. Pero no te preocupes, gordito mío. El libro verde sigue allí, lo he visto y te espera. Galopa allá, codos pegados al cuerpo y traes tu paquete al trote. Podremos luego almorzar a gusto. ¿Sabes ya qué hora es?

Gruñó Vandam tratando de contener su cólera:

—¡Qué clase de cuento oriental me estás endilgando! ¡«Godfordom»! El librero no tenía ningún motivo para negarse. Debiste hacer alguna excentricidad al llegar ante le estantería y el otro se imaginó que te burlabas de él.

—Colócate en su lugar. Le anunciaron sin duda que vendría un señor maduro, carnosote, rubicundote, y de pronto aparece una muchacha abrigada en visón soltando la frasecita de consigna. Era lógico que la sorpresa le hiciese desconfiar.

—¡Mira que eres sandía a ratos! Tenías que insistir, decirle cualquier cosa, explicarle que yo estaba en la clínica con una pata rota, marearle con sonrisas y contoneos. ¡Parece mentira, «Damnvoitel»!

—Primero, hágame en cristiano, so flamenco. Luego, las Arcadas del Prado no son las cuevas de Al Capone. Parece aquello

un patio de colegio. Vete allá. Tu cara de honrado es el mejor de los pasaportes.

—¡Me has jeringado el asunto! Si llego detrás tuyo, el viejo desconfiado pondrá pegas.

—Por el contrario, queridín. Mi visita le anunció la tuya.

Dora exageraba su natural sandez para averiguar el secreto. Vandam, exasperado, rebatió.

—¡Esto es precisamente lo que me inquieta! Veamos, Dorita mía, compréndelo... Un hombre en mi posición privilegiada, tiene un montón de enemigos. La policía tiene siempre una pupila vigilándole. Lo esperan en todas las esquinas los «gangsters» para atacarle.

—¡No seas guasón, gordito! Se trata de recibir un libro medio comido por los ratones y haces más remilgos que si fuese un paquete de millones.

Vandam se calmó como por encanto:

—¡Qué cosas se te ocurren, mujer! El encarguito del tío Chil en una bagatela sin importancia. Lo fastidioso es que la primera vez tropecé con un sujeto siniestro que rondaba en torno a la librería. No deseo por nada del mundo volverle a tropezar.

—Estaba allí por casualidad, quizá. Y ahora ya habrá ido a almorzar como todo el mundo normal. ¡Aprovecha la ocasión! Vuelas a las Arcadas, te traes el libro de tío Chil y que no se hable más del asunto.

Dyrk Vandam se rascó la coronilla, indeciso:

—En el fondo, no hay urgencia... Podríamos primero almorzar en cualquier sitio...

—¡Eso es, ladronazo mío! Tienes necesidad de remontarte el valor a base de comilona y brebaje. ¿Adónde vamos?

—Prefiero quedarme aquí. Parece ser que en la Parrilla del hotel se come de rechupete.

Media hora después, Vandam iba recobrando ánimos con la segunda botella de Pouilly acompañando el triple filete. Dijo:

—Apenas tome el café, embalo hacia allá como un toro y me traigo el paquete. En la espera, encargarás el coñac especial.

Calculó Dora que tendría el tiempo justo para saltar dentro de un taxi y escapar. Arguyó:

—¿Por qué no vas ahora? Te conozco bien, gordito. Dentro de

media hora ya no serás ni capaz de colocar un pie delante del otro.

—¡Un Vandam de mi talla no se raja!

Se incorporó un poco y recayó en la silla, riendo tontamente. El vino le animaba, pero sin hacerle perder de vista el peligro. Sugirió:

—Pensándolo bien, iremos juntos Tanto a la ida como a la vuelta siempre me has traído suerte.

—No cuentes con mi inocencia para compartir tus emociones. Hace media hora que intentas ahogar tu miedo, soplando como un cosaco en el Sahara.

—No hay nada que temer, guapaza. Solamente quiero tenerte a mi lado durante el paseíto. Además, no olvides tu porcentaje.

—¿Cuánto?

—Por esta vez —y bajó él la voz— veinte mil.

La cantidad la hizo atragantarse. Tosió y luego expuso.

—Ya me lo figuraba. Hay sin duda alguna cosa muy fuerte detrás del libro verde.

Avanzó Vandam el busto y susurró:

—Una montaña de billetes.

En torno a ellos dos, en la sala cálida, con dorados y terciopelos rojos, charlaban en seis o siete idiomas. El susurro extasiado de Vandam no lo oyó nadie, aunque lo adivinó uno de los dos comensales instalados al otro extremo de la Parrilla.

El comisario Rocher simpatizaba con el agente Prevost que ansiaba instruirse:

—Por lo general, la emisión de un nuevo billete de Banco suscita una renovada actividad entre los falsificadores, sobre todo cuando el valor es máximo, como en Francia es el caso del billete con Pasteur, de mil francos actuales, que pronto desplazará al Moliere de quinientos. Las dificultades de fabricación desaniman a los falsificadores de pacotilla, pero quedan los artesanos provistos del material adecuado y con una organización perfecta.

Prevost masticando patatas fritas asentía respetuoso. Para él su comisario era un prodigio de sabiduría. Rocher añadió:

—Un *stock* de billetes falsos se liquida tanto más fácilmente cuanto más pronto su aparición sigue de cerca a la legítima, es decir, beneficiándose de la primera confusión. El golpe genial en este caso que nos ocupa es haber hecho coincidir la salida del legítimo Pasteur con la del falso, en el mercado de divisas, pero

limitándose al sector extranjero. Esto nos ha retrasado mucho en las indagaciones.

Rocher masticó un pedazo de pechuga a la Pomeroi y del bolsillo sacó un hermoso billete nuevo, que alisó en una esquina del mantel. Los matices dominantes, rosas y azulados, hacían resaltar la efigie barbuda del gran sabio.

—Bajo la retícula cuadriculada del falsiscopio, este ejemplar solamente ha revelado un ínfimo porcentaje de errores, apenas superior a las tolerancias de formación lineal y de decoración que se descubre normalmente en un billete manoseado. Para poder alcanzar esta perfección, el artista ha debido trabajar forzosamente teniendo por modelo un billete legítimo, lo cual supone que alguien de una organización inteligente logró una copia de la plancha de billetes, o tal vez pudo apoderarse de un legítimo mucho antes de su inicio de fabricación; en serie por la casa de la moneda.

Prevost, enjuagándose con vino tinto, redondeó los ojos, y manifestó al trabar el líquido limpiadientes:

—Este Vandam es un tipo audaz entonces.

—Él no. Él no es más que un traficante intermediario. Pagaré por los otros, por aquellos que no atraparemos, es decir, los jefes de la organización. Sin saberlo, el desgraciado Vandam pregonó la falsificación por torpeza, o más bien por exceso de codicia, al descuidarse de un dato esencial; la fecha oficial fijada por la Banca de Francia para la puesta en circulación del billete Pasteur de mil.

Prevost escuchan pasmado como un niño ante un viejo pirata narrarle hazañas del Caribe. Proseguía Rocher.

—Anteayer un turista inocente se presentó en un Banco de Lieja para cambiar un billete gemelo del que te he enseñado. Como era el primero que en aquel Banco veían le preguntaron su procedencia. Como era un hombre sin tacha declaró haberlo adquirido en la agencia de un cambista.

—¡Nuestro amigo Vandam!

—El mismo y que ahora inicia su tercera botella de vino. Al turista le cambiaron el billete, pero enseguida empezaron a funcionar los teléfonos entre Lieja y París, París y Bruselas, mientras que la Interpol era alertada en las dos capitales. Supimos por Bruselas que más de cincuenta de estos billetes habían sido ya cambiados en diversos establecimientos y que varios de ellos salían

de las taquillas de Vandam.

Rebañó Rocher disimuladamente la salsa dejando caer en ella un migajón y pinchándolo con el tenedor, lo saboreó complacido.

Anunció el golpe de sorpresa:

—Al primer examen revelaban ser billetes buenos, salvo por un pequeño detalle. Todos aquellos Pasteur llevaban el número de una serie que todavía no había sido emitida por el Instituto Nacional de la Moneda.

—Los capitostes del gobierno francés deben estar temblando.

—No. Bastó enfocar el problema. *Stocks* repartidos sensatamente en varias naciones por agencias poco escrupulosas, dispuestas a inundar el mercado de divisas Pero como el día del lanzamiento oficial era hoy, el peligro ha quedado suprimido al posponer la salida del Pasteur legítimo.

—Se las saben todas, tanto unos como otros —se maravilló Prevost.

—Ahora, «la poli» entra en juego. El comisario belga se cuidó muy bien de no asustar al pájaro, o sea a Vandam. Había que seguir sus evoluciones, para remontar de etapa en etapa hasta el manantial, y recoger en la misma redada al fabricante, sus técnicos, sus mayoristas y sus vendedores al detalle.

—Y Vandam en la inopia.

—Según la Interpol no es más que un modesto distribuidor entre los dos centenares que se escalonan desde Roma a Rotterdam. Suponemos que ha venido a París a suministrarse de billetes, lo cual nos facilitará la dirección por lo menos, de un pez gordo, en espera de lanzarle el arpón al presidente del comercio de falsificaciones. Ésta es la ocasión por la cual no hemos de perder el contacto con este alegre vividor.

Miraron a través de la pantalla de plantas verdes que formaban tabique artificial en aquel rincón de la Parrilla.

El buen humor de Vandam había terminado por contagiar a su compañera. Echado el visón al respaldo de la silla, la rubia Dora mostraba ahora un semblante risueño, apurando su copa de champaña.

Masculló Prevost encandilado:

—Oiga, jefe, esta rubia me pone todo primaveral. Debe estar imponente cuando se quita el último trapito, ¿eh, jefe?

—Tómate un helado, ya que no puedes ducharte. La cuenta la paga la Interpol, no te preocupes. Y ya que mencionas los espléndidos encantos de la rubia, cuento con ella para incitar a Vandam a cometer una burrada.

—Cualquiera no.

—Me refiero a otra clase de burrada, pollino. No es prudente viajar con una moza tan vistosa para acudir a la cita del tiburón jefe. Entre los fabricantes de billetes falsos, liquidan pronto al imprudente que por exceso de codicia les echa a perder el trabajo pacienzudo. Y a solas, Vandam se escondería. Pero disponiendo de la chica, o bien fanfarroneará, o bien ella nos llevará a los jefes de la banda.

—Como también es posible que el muy chambón se pegue dos noches gloriosas en París con su rubiaza y se vaya sin haberse entrevistado con nadie. ¿Qué haremos entonces, jefe?

—Nada. Lo escoltaremos hasta Bruselas donde ya se encargarán de protegerle a la justa distancia.

Depositó la taza de café, bruscamente.

Al fondo, Vandam y Dora se habían levantado perezosamente, y cogidos del brazo se dirigían hacia la salida del vestíbulo.

Abandonando el Claridge, apresuraron el paso hasta penetrar bajo la bóveda de acceso a las Arcadas del Prado.

Afirmó Vandam al ir avanzando.

—Me siento todo nuevo ahora. Pero no me tires del brazo para mirar escaparates. Primero el libro del tío Chil, y luego haremos un recorrido de tiendas a todo pasto.

—Que le conozco, chatín, luego volveremos a la habitación y te zambullirás bajo el edredón para incubar el vino.

Cuando avistaban la librería Gulbrich, sintió Vandam nuevamente un pellizco en el corazón. Murmuró:

—Seguiremos sin parar, dando un pequeño rodeo y, si todo me parece libre de peligro, caigo como el rayo sobre la librería y volvemos raudos al hotel. ¿Comprendido?

No miraron el libro verde al pasar delante. Pero de soslayo comprobó Vandam que seguía en su sitio. En sí mismo el volumen bellamente encuadernado no representaba nada. Pero bastaba pronunciar ante el libro, la contraseña del tío Chil, para que se realizase una preciosa sustitución que representaba un sesenta por

cien de beneficio neto.

Vandam había ya pagado su derecho a billetes falsos remitiendo dólares buenos. Era el abono preliminar por el fajo entregado hacía dos días en Bruselas por un honrado «pasador de fronteras», Raven, y pagaba también el grueso fajo de billetes preparado bajo la mesa de embalaje.

Regresaron sobre sus pasos. Al aproximarse a la librería, el pellizco que sentía Vandam en el corazón, rozaba ya el infarto.

El codo de Dora le entró en el estómago:

—¡Vamos, remolón! Ya estamos en el sitio. Pide el paquete y salgamos pitando.

Dyrk Vandam, congestionado, titubeante, vio el libro verde, al alcance de su mano casi bajo sus narices.

CAPÍTULO XI

Flambel acechaba con curiosidad por entre la cortina.

—Este tío gordinflón no puede ser nuestro amigo el aspirante a muerto. Tiene cara de honorable burgués haciendo la digestión en compañía de su rubia amante. De todos modos, ojo, Jarn. Nada de bromas y no quites el dedo del pulsador.

Tendido tras la «Skoda», Jarnac apretaba las mandíbulas. Cinco minutos antes había reconocido a Dora en su primer recorrido. Lamentó verla agarrada del brazo de un borracho al cual condenaba a muerte con aquel emparejamiento.

Flambel chupaba con deleite del frasco de coñac cuyo nivel se aproximaba al fondo del casco. Con el último sorbo, tosió sorprendido:

—¡Ey! ¿Veo visiones? Ésta es la rubia de las doce y pico. Estuvimos a punto de discutir por culpa de ella. ¿La reconoces?

Jarnac no replicó. Dejando el frasco añadió Flambel:

—Esto cambia todo. Oye Podríamos suprimir a los dos, para no dejar nada pendiente, por si acaso... Bueno, no era más que una sugerencia. Si tu vista empieza a nublarse, pásame la culata. Tengo ganas ya de acabar mi jornada. Y con la «Skoda» arreglo cualquier duda en un abrir y cerrar de pestañas, con dos pepinillos bien colocados.

Jarnac no demostró oposición. Estaba dispuesto a vaciar el cargador en el techo de la bóveda con tal de impedir que el excesivamente alegre excombatiente Flambel hiciera una matanza caprichosa.

Dijo roncamente:

—Todavía no está la cosa clara. El libro verde sigue en la estantería y el gordo no parece decidirse ni tampoco la hermosa rubia del visón. Si resulta sospechoso, fusilaré al gordo, pero nada ganaríamos con tumbar a su Dulcinea.

—Eres un sentimental —rió Flambel.

Abajo, la escena parecía eternizarse como un plano fijo de cine, cuando la brusca detención de la película deja a varios personajes petrificados, boca abierta, en equilibrio.

El librero calvo estaba atareado vendiendo revistas, y el joven moreno volvía la espalda a la estantería. Ninguno de ambos vendedores había notado todavía el regreso de la guapa rubia que ya se había presentado de parte del tío Chil para luego desaparecer misteriosamente.

Gruñó Flambel impaciente.

—¡Vaya con el gordo flojo! Venga, decídete ya, saco de grasa Es capaz de irse sin haber pedido nada. Y a la hora del cierre general, seguiremos aquí plantados como dos cazadores de patos, sin pato. Y con la dulce perspectiva de tener que reengancharnos mañana.

Miró su reloj.

—El Gran Mayor repicará dentro de unos instantes para que sepamos que nos tiene vigilados de lejos Le daré las señas de este ganso gordo. Si es el que desea desplumar, pégale el tiro y terminemos ya.

Diez ventanas más allá, Mudros exploraba con sus prismáticos la panorámica del *stand* y enfocó los lentes junto al libro verde.

Una fisonomía sonrosada y gruesa se inscribió en los oculares con una ampliación sobrecogedora. El desconocido, gordo y sanguíneo, llevaba un sombrero gris de alas levantadas, un abrigo de viaje de cinturón, y en total lucía la elegante comodidad de ropa que delataba a un turista del Benelux.

La atención de Mudros se despertó más.

En aquel momento, Vandam se movió un poco a lo largo de la estantería y su desplazamiento descubrió el perfil de Dora a su izquierda.

Mudros lanzó una exclamación y, sin soltar los gemelos, llamó:

—¡Ven a ver! Creo que la rubia del visón ha regresado. La acompaña un individuo. Es tal vez Vandam. Tía Melba se abalanzó para mirar por encima del hombro de Mudros que jadeaba de excitación Declaró ella.

—¡Es la rubia, sí! Telefonea al despacho de Beyuls para despertar a los dos artilleros.

Mudros no se movió. Estaba como hipnotizado por la expresión alucinada del desconocido que daba un paso más hacia la muerte a cada segundo que transcurría. Comentó:

—Parece como si sospechase algo.

Tía Melba emitió una risita escéptica.

—Es imposible que pueda sospechar nada. Somos los únicos en saber lo que le aguarda a este cretinazo. Tiene prisa por irse con su botín, y esto es lo que le da cara de buey asustado. Además, el hecho de que la rubia se haya presentado de parte del tío Chil no demuestra que su acompañante sea el verdadero Vandam. Si Vandam es tan cobardón como afirmaba Raven, es muy posible que haya enviado en su lugar a una pareja de parientes o de conocidos, que no sepan nada de nada.

Mudros se irritó de pronto.

—¡Recórcholis! ¿Qué estarán haciendo los dos Gulbrich tan separados del libro verde? Esta rubia es más llamativa que la Brigitte, y estos taimados yugoslavos han tenido que verla hace tiempo, al igual que a su acompañante.

Soltando los prismáticos, fue al teléfono para marcar el número de la librería. Tía Melba no oyó el eco, pero vio al joven Zarko Gulbrich volverse para agarrar el aparato. Rugía Mudros.

—¿Qué cuernos hacen los dos? La rubia está junto al libro hace ya dos minutos... ¿Se han vuelto ciegos o qué? El gordo que está con ella debe ser seguramente Vandam ¡Vamos, aprisa!

Zarko Gulbrich encajó al aparato telefónico y se volvió al mismo tiempo que su padre hacia la estantería de libros de arte. Fingieron no reconocer a la rubia del visón que les sonreía estúpidamente mostrándoles algo en la estantería.

Al lado de ella, un gigante sonrosado y bonachón, masculló entre dientes:

—Sigue junto a la caja, viejo. No te muevas para nada. No vale la pena exponerse.

—¿Lo has pensado bien, Zarko?

—Sí. Y no quiero ser interrogado por un asesinato del cual sabemos todo el intríngulis, pero que solamente beneficiará al listo de Mudros. Si la rubia insiste le diré dos palabras que la harán salir de estampida como una flecha, con su compañero. Mudros no tiene derecho alguno a hacer asesinar a alguien en nuestra propia

librería.

—Nos haría pagar con la vida esta faena. Déjame hacer, Zarko. Ocúpate de los periódicos de la tarde. Todo pasará sin que lo veas. Si tanto miedo tienes, vete. Ya me las arreglaré sin ti.

Zarko Gulbrich contempló el rostro rabioso de su padre. Replicó:

—Muy bien Vamos allá. Pero tras la primera bala, otras dos nos derribarán. Tú lo habrás querido así.

Uno tras el otro atravesaron con pasos de autómata al interior del *stand*.

Embotado por la comida y las libaciones, Vandam seguía titubeando ante el libro verde. Alargó tímidamente la mano con la impresión desagradable de que dos mil pares de ojos convergían súbitamente sobre él, y que un millón de bocas iban a abrirse llamándole granuja.

El librero calvo llegó lentamente, sin ruido, como caminando entre brumas. Dijo amablemente:

—Ya vino usted esta mañana, y tenemos libros muy valiosos en esta sección, pero si no halló lo que busca puedo mostrarle algo bueno.

Tras él, Zarko hizo un ademán invitante. Dora apremió nerviosa.

—¡Decídete ya de una vez, caracoles!

Vandam abrió la boca para pronunciar la frase de contraseña, pero se le atravesó en la garganta «el tío Chil».

Por segunda vez le salvaba la aparición de su ángel de la guarda, el fornido individuo del abrigo castaño que patrullaba lentamente ante un escaparate vecino, mirando al parecer una bandeja de fiambres surtidos, mordiendo una pipa corta, apagada.

El viejo Gulbrich volvió a la carga:

—¿Tal vez se fijó en este antiguo libro verde? Una curiosidad muy rara... Me han pedido que lo reserve, pero puedo venderlo a un coleccionista inteligente como usted.

Vandam no replicó. Seguía mudo, atenazado por el pánico. Dora se exasperó:

—¿Qué te pasa ahora? ¿Te encuentras enfermo? Te está bien empleado por beber como un cosaco en el Congo. ¡Que te empaqueten este dichoso libraco y vámonos!

Hizo un ademán para empuñar el libro verde, pero Vandam la retuvo por el codo, susurrando con voz agónica:

—No toques. No toques esta basura. Vámonos aprisa. Pronto. Ya te lo explicaré todo cuando estemos en la habitación.

La tiraba del codo y pronto desaparecieron ambos entre la gente.

Jarnac vio desaparecer el visón y los rubios cabellos con gran alivio. Flambel, ante esta nueva falsa alarma, comentó irritado:

—¿No te lo dije? Tal como van las cosas, oiremos repicar las doce campanadas de la medianoche sin habernos ganado la paga.

Un poco más lejos, tras las puertas 4 y 4 bis, el jefe supremo de la «Biblioфан» había perdido su pachorra oriental y echaba salivilla gritándole a Tía Melba:

—¡Muévete! Telefonea al *stand*... ¡Dile a Zarko o al viejo que suban al instante! Quiero saber qué ha pasado con la rubia y el gordo. ¿Y el Mayor? ¿Dónde estará el Mayor? Le vi asomarse y salir corriendo, el muy cobarde. Estoy seguro que los dos yugos están traicionándome.

—Es lógico. Los Gulbrich no son idiotas. Zarko es todavía más astuto que su papá. Ha adivinado por tu mueca lobuna que planeabas suprimirlos.

Iba ella formando el número de la librería. Bramó Mudros:

—¡Espera! Deja el trasto y ven a ver... Me parece que ya hemos visto a este tipo rondando el libro.

A través del cristal deslustrado por fuera, Tía Melba miró, frunciendo sus espesas cejas, y dijo sin titubeos:

—Vino esta mañana. Un poco antes del mediodía, como el otro. Si no recuerdo mal, hasta manoseó el libro con gran interés.

—¿Será el belga?

—Saldremos de dudas cuando oigamos el taponazo que brotará del despacho de Beyuls.

Mudros se volvió hacia ella con impaciencia:

—¿Qué te pasa ahora para reírte como una tonta de pueblo?

—Vives demasiado encerrado en tu torre napoleónica. Yo he viajado más. Y reconozco a uno de la policía a cien pasos.

Señaló la librería con el pulgar.

Mudros alzó los prismáticos para encuadrar al fumador de pipa que manipulaba el libro verde.

El comisario Rocher rehízo paso a paso el mismo periplo que habían efectuado Vandam y Dora, lo cual le condujo nuevamente

ante la estantería de la librería y precisamente ante el libro verde.

Por segunda vez cogió el catálogo del año 1902 tan lujosamente encuadernado, hojeándolo con renovada curiosidad.

Zarko Gulbrich se aproximó sonriente:

—Lo siento, señor, este ejemplar lo tenemos ya vendido desde ayer.

—Ya me lo dijo su padre esta mañana. Supongo que no hay inconveniente en que lo examine, ¿no?

Gulbrich asintió, prefiriendo alejarse hacia otros clientes más apartados. Tras cinco minutos de un paciente examen, Rocher quedó convencido que aquel libro verde no tenía más valor que el de su pellejo verde y que la repentina indisposición de Vandam procedía de otra causa.

Depositó el libro en su sitio, observando los contornos de la librería bajo sus párpados entornados. Los dos libreros, ocupados en el fondo en la venta de periódicos, le acechaban.

El viejo Gulbrich incubaba una gran inquietud, y su rostro ostentaba un color grisáceo. Pero el joven exhibía una burlona provocación, en su sonrisa casi retadora.

El comisario Rocher cogió nuevamente el libro.

Pero comprobó por tercera vez que en aquellas quinientas páginas no había nada misterioso ni llamativo.

Fue solamente al cerrar el libro cuando advirtió una especie de sello minúsculo en la esquina superior de la blanca página de la anteportada.

Era como un escudo, de color violeta, modesto y delicado como una florecilla de primavera.

La inscripción central era un poco borrosa, pero Rocher pudo descifrarla sin gran esfuerzo: «Bibliofan».

CAPÍTULO XII

Jarnac soltó la culata y rodó de lado sobre la alfombra, como un luchador agotado:

—Relévame. Se acabó el peor cuarto de hora de la jornada.

—Admito que no hay nada más agobiante para los nervios que este desfile de aspirantes al pim-pam-pum. Tanto más cuanto acaricié la esperanza de que el caballero de la pipa fuera el sentenciado. Si llega a llevarse el libro, ¿habrías disparado, Jarn?

—No. Yo no tengo nada en contra de la policía.

—Tampoco yo, aunque me consideren un futuro cliente. Hasta te diré que me inspiran una cierta simpatía estos anónimos combatientes contra el crimen.

Jarnac acabó de flexionar sus miembros entumecidos y bebió un largo sorbo. Flambel se había tendido tras la «Skoda». Mirando de soslayo a su compañero manifestó.

—Un segundo frasco no vendría mal. Quizá nos quedemos de centinelas hasta las diez de la noche. Hay que suministrar combustible a la máquina. Podrías darte un garbeo hasta el *snack*. Y de paso me traes un cartón de chicharrones.

—Iré a otro local. No me atrae la idea de pasar bajo esta ventana.

—Me apena esta declaración, Jarn —sonrió Flambel sardónico.

—No se trata de desconfianza, sino de la posible mala pata de mi suerte. Figúrate que pase yo ante la librería, y en aquel mismo instante le zumbes al que se lleva el libro. El cadáver me queda entre los brazos y vaya espectáculo.

El licor les produjo una gran hilaridad a ambos, al imaginarse la escena. De pronto, reclinó Flambel la mejilla sobre la culata para avizorar mejor.

—¿Qué? ¿Ya ha llegado el sentenciado? —preguntó Jarnac.

—¡Fíjate en quién viene!

Y con intenso júbilo agregó Flambel.

—Que me guillotinen pronto si no es el propio Denis en persona. El buen granuja tiene pinta de morsa triste en medio de la alegre masa.

Rieron a mandíbula batiente. El alcohol mezclándose con la tensión nerviosa, les producía efectos hilarantes. Comentó Jarnac:

—No entra en sus costumbres venir a patrullar en primera línea. Ni antes ni después. ¿Adónde irá?

—Tal vez, el Gran Mayor nos lo envía como refuerzo. ¡Vaya derroche! Tres veteranos de los campos de batalla, para liquidar a un fantasmón que nos está tomando el pelo a todos.

Contemplaron con curiosidad al tuerto que avanzaba con pasos rígidos tanteando con su bastón blanco. Sus amplias gafas de lentes negros destellaban al reflejo de las vitrinas. Llegando a la esquina de las estanterías, pasó más lentamente ante el libro verde.

Su figura de espantajo se encuadró por un instante al fondo del visor. Con el índice doblado sobre el gatillo, rió Flambel:

—Me entran ganas de hacerle saltar el sombrero. Sería la monda ¿eh?

Denis detestaba el contacto de la muchedumbre en un lugar cerrado y mal provisto de salidas de escape.

Aquella lenta travesía de las Arcadas le había enervado, y exhaló un suspiro de alivio al llegar al rellano de acceso a las escaleras de los despachos.

A propósito había eludido la bóveda sombría del zaguán del patio del 65 de la calle Nogent, para escapar a la aguda mirada del chófer que estaba de plantón desde las nueve de la mañana junto a una «D. S», azul.

Otro más que seguramente estaría lanzando maldiciones hacia el promotor de aquella emboscada insensata, el Gran Mayor, agazapado como un sapo tras sus teléfonos y cajas fuertes.

Por lo menos, así se lo imaginaba Denis a través de la figura asustada de su portavoz, el Mayor, aquel supuesto Mayor que tenía la desfachatez de lucir condecoraciones ilegítimas.

Denis se detuvo un instante al pie de las escaleras para sacudir la nieve de su sombrero. A dos pasos un fornido individuo de abrigo castaño, rellenaba su pipa corta, consultando las placas de cobre o cristal que tapizaban la pared del fondo.

Iba a subir Denis, cuando se aproximó el comisario Rocher.

Engañado por el bastón blanco y los lentes negros, brindó Rocher:

—¿Puedo acompañarle a algún sitio?

Maldiciendo al inoportuno, balbució Denis:

—No se moleste. Ya me las sabré arreglar, créame. No veo más que con un ojo, pero podré subir estas escaleras sin romperme la cara.

—No es molestia para mí.

—Por favor, se lo agradezco, pero no es preciso.

—¡Qué menos! Además, tengo que subir arriba de todos modos.

Denis hubiese aplastado su puño con placer en la nariz de aquel desconocido pelmazo. Rocher, le cogió del brazo para ayudarle a subir la escalera, como a un pobre inválido.

Denis hervía de íntimo furor. Escaleras arriba intercambiaron banalidades:

—Si este frío sigue, el invierno será feroz.

—Será polar —admitió Denis con paciencia.

—Los cines rebosan. Nunca vi tanta gente por las Arcadas.

—Es un sitio muy acogedor. Se está al amparo de las corrientes.

El comisario y el contratista de homicidios desembocaron en el rellano de los despachos. Declaró Rocher satisfecho:

—Ya hemos llegado. ¿Sabrá encontrar su puerta?

Agotada la paciencia, Denis inventó:

—Es la décima a la derecha. No puedo equivocarme. Gracias por su ayuda.

—Le acompaño hasta allá... ¡Sí, sí! Insisto. Tengo tiempo de sobra.

De pronto, con terror, Denis adivinó que la mano que apretaba su codo pertenecía a la justicia terrena. La firmeza del apretón parecía maquinal.

Pero era ya tarde para desprenderse, dar media vuelta y escapar.

Siguieron caminando emparejados, y de pronto no pudo reprimir Denis un respingo al darse cuenta que era su día de mala suerte.

La puerta décima que había citado al tuntún era la del despacho número 22. Geo Beyuls, empresario.

Rocher rió jovialmente:

—Perdone mi indiscreción, pero no comprendo lo que un hombre como usted puede hacer en el despacho de este mercancharfle.

Denis buscó inspiración en su alborotada mente:

—No hay misterio alguno. Organizo una fiesta de gala para los mutilados.

—No las encontrará en el despacho de este exhibidor de *misses* baratas. Le he visitado. Y está asqueado de las mujeres para el resto de sus días. Buenas tardes, señor.

Por fin se alejó, dejando a su ciego al borde de la apoplejía.

Denis llevaba una de las llaves del despacho 22. Entró con presteza, cerrando sin ruido, y se adosó un largo instante contra la puerta para recuperar su equilibrio emocional.

El reciente encuentro le había sacudido el sistema nervioso. Pero ahora comprendía que era una jactancia absurda. Era imposible que aquel individuo hubiese entrado en el despacho. Flambel lo habría suprimido. Una voz ahogada que parecía surgir de la pared, imploró gimiente:

—¡Sacadme de aquí!

En el despacho contiguo, los dos excombatientes reían ruidosamente.

La voz enmurada resonó cavernosa:

—¡Abrid pronto o reviento!

Los pelos del mostacho de Denis se erizaron. Encendió la luz en el recibidor. Los gemidos lúgubres y los golpes sordos procedían de un gran armario.

Alzó el recio pestillo haciendo deslizarse un poco la corredera, avistando un rostro grasiento y de larga nariz que balbucía:

—Quíteme estas cuerdas y telefónee inmediatamente que venga el autocar. Nos esperan mañana noche en Maracaibo con el rebaño de locas...

Estupefacto, Denis cerró precipitadamente, atravesó el recibidor en dos zancadas y entró en el despacho sin llamar.

La irrupción del tuerto asombró a Flambel y Jarnac, que charlaban animadamente tras la cortina, pasándose del uno al otro un frasco casi vacío.

Y al ver la cara congestionada del «Tártaro» les entró a los dos tiradores un arrebato de risa incontenible.

Denis, quitándose el sombrero, lo empleó para abanicarse furiosamente:

—¡A esto le llamáis montar la guardia! Se os ofrece una fortuna para dispararle a un imbécil que ni siquiera sabe lo que le espera, os organizo el acecho como una casa al pato silvestre, luego, y me encuentro con dos bebedores contándose chistes. ¿Quién es el tipo del armario?

Riéndose, aclaró Flambel:

—Es el empresario Geo. Usted piensa en todo, pero algo me huele a pifia en la misión de hoy. Con usted ya son cuatro los visitantes que hemos tenido. Y en lugar de prepararse a meternos una bronca, debe felicitarnos por haber neutralizado a los tres visitantes anteriores, sin alborotar todo el cotarro de despachos.

Intervino Jarnac:

—Debió usted ocuparse de las visitas. No se puede encañonar constantemente, descolgar el teléfono, abrir la puerta y despachar pacíficamente a las visitas, todo a la vez.

—Después de Geo Beyuls, ¿quién ha venido?

—Una artista del «*strip-tease*», momentáneamente vestida de visón. Tenía una cuenta que ajustar con el bribón del armario. Cuando se cobró la deuda se marchó, sin más.

—¿Y luego?

Esta vez replicó Flambel:

—Un polizonte macizo, fumando en pipa, que desde esta mañana se pasea por las Arcadas. Seguía la pista de la rubia y quiso saber qué la había traído al despacho de Geo. Le recibí haciéndome pasar por el empresario. Minutos después se marchó contento, sin anunciar ningún regreso futuro.

—No, ¿verdad? Pues este mismo polizonte es el que acaba de acompañarme cogido del brazo hasta este mismo despacho. ¡Cualquiera lo aleja ahora! Estamos metidos en un buen lío. Es un verdadero suicidio disparar en estas condiciones.

Palmoteó Flambel, burlón:

—Me alegra mucho oírle, capitán. Precisamente Jarn ya está dispuesto a largarse y yo no tardaré mucho más. Le dejaremos la carabina y el estuche de máquina. Todavía conserva usted el pulso suficiente para acertar la bolita.

Lívido gruñó Denis:

—Me está bien empleado por fiar en aventureras sin moral. Os prevengo que nadie ha desertado de mis filas sin lamentarlo en las veinticuatro horas siguientes. ¡Está bien, muchachos! Me quedaré a solas, pero estad seguros que mi parte de paga la emplearé en contratar otros que os harán escupir sangre en cualquier calle oscura.

Flambel guiñó un ojo a Jarnac y afirmó gravemente:

—Cuenta conmigo, viejo. Me agradan los jefes que tienen el valor de sentenciar a los desertores cara a cara, exponiéndose a cualquier mala reacción. Otro se habría callado. ¿Qué dices tú, Jarn?

—Primero, ruego a nuestro capitán que se calme. No sirve de nada calentarse. Segundo, el libro verde sigue en su sitio. Una hora más y nos caeremos de sueño y aburrimiento tras esta carabina. Sería preciso que usted hallase un medio para activar los acontecimientos.

Con zumba insinuó Flambel:

—Telefonee al Gran Mayor y dígame que estamos hasta la coronilla. ¿Sabe él siquiera si vendrá hoy o mañana el pichón?

—Precisamente he venido de su parte.

—¿Del Gran Mayor?

—De su delegado. Nos pide una misión suplementaria. Como es lógico, la paga será duplicada. Se trata de cargarse lo antes posible a los dos de la librería.

—¿Aquí, ahora? —Silabeó Flambel asombrado.

—¡No, no! En su casa, apenas quede resuelto el asunto del libro verde. Déjenme hablar. Es una emboscada en el barrio oeste. Tengo el coche y las armas a la espera. En plena noche, con la nieve, será coser y cantar. No se nieguen. Me he comprometido ya.

Jarnac y Flambel habían bebido demasiado para tomarse en serio nada. Rieron y Denis dio por aceptada su propuesta.

No podía Denis imaginarse que, si bien podía mandar misiones, a individuos solitarios, había perdido ahora su autoridad ante dos excombatientes, que reunidos, habían hallado nuevamente despreocupación por todo y un profundo escepticismo burlón hacia la complicada madeja creada por una organización cuya finalidad ignoraban.

Sacando un bloc y lápiz, dijo Denis:

—Os dibujaré la topografía del lugar de la emboscada.

Jarnac que se había tendido tras las carabinas, sugirió:

—Ocúpese primero de Beyuls.

El empresario armaba mucho ruido dentro del armario. Denis fue a ver lo que sucedía en compañía de Flambel. Beyuls sofocado de furor, reclamaba a gritos el pago de un contrato en Sao Paulo y exigía la inmediata presencia de *miss* Michigan.

Afablemente aconsejó Flambel:

—Duerme un poco y te sentará de perlas, Geo.

Aplicó un seco golpe de canto y Beyuls cayendo de espaldas quedó sumido en profundo sueño de inconsciencia.

Se disponían los dos a regresar al despacho, cuando el largo timbrazo de la puerta les hizo respingar. Masculló Flambel:

—El quinto visitante. Esto es la Feria de Muestras...

Fue a abrir la puerta lentamente. Bajo el dintel se enmarcaba el policía del abrigo castaño, inmóvil y amenazante. Su corta pipa, encendida, humeaba suavemente en torno a su rostro hostil, mientras, pronunciaba incisivamente:

—Recibe usted muchas visitas. ¿Qué le pasó al ciego?

Denis dando un paso a un lado se mostró:

—Estoy aquí.

—¿Encontró ya sus coristas?

Flambel recuperó su personalidad de empresario y especificó:

—Todavía dispongo de siete negras de Martinica que son el disloque, porque además de cantar y bailar, son contorsionistas. Estoy precisamente tratando del precio con este señor, y con este contrato liquidaré definitivamente mi fondo de existencias.

Rocher, receloso y casi escandalizado, se limitó a hacer un ademán de despedida. Flambel cerró, escuchando unos instantes tras la puerta. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Se fue.

—No debió dejar que se fuese con vida. ¿No se ha dado cuenta que este hombre es peligroso?

—Usted me contrató para tumbar a un agente enemigo, no para liquidar a policías. Además, seguro que éste tiene una misión más importante que la de meter sus narices en el despacho de un empresario.

Volvió a abrir poco a poco la puerta. Pudieron ver al comisario

Rocher.

Se había detenido ante el despacho número 4 y apretaba el timbre de la «Bibliofan».

CAPÍTULO XIII

Tras la cortina del ventanal, Mudros y Tía Melba oyeron el timbrazo prolongado. Dijo Mudros:

—No vayas a abrir.

—Puede que sea el Mayor que ha vuelto a olvidar su llaves. Ya le pasó varias veces.

Enfocando sus prismáticos encogió Mudros los hombros:

—Bueno, vete a ver, pero no dejes entrar a nadie. No es el momento de recibir visitas de aguafiestas.

Pasó Tía Melba al recibidor. Un segundo timbrazo resonó impaciente. Alzó ella la plaquita de la mirilla. No vio más que la pared de enfrente. El inoportuno debía hallarse a un lado de la puerta.

Abrió súbitamente y estuvo casi a punto de cerrar on la misma rapidez, al reconocer al policía que desde las nueve de la mañana estaba paseando por las Arcadas.

Anunció ella agriamente:

—La biblioteca está cerrada los sábados por la tarde. Lo siento. Tendrá que volver el lunes.

Con aire de contrariedad, replicó el comisario Rocher:

—Parto de viaje mañana. ¿No podría hacer una excepción? Es tan sólo un instante.

—¿Quién es usted?

—Guy Richart, profesor de la Facultad de Rouen. Uno de mis colegas me ha hablado de la «Biblioan». Muy interesante. Estoy de paso por París y hubiese querido consultar una de sus obras.

Tía Melba se dispuso a confundir al impostor preguntando:

—¿Cuál obra?

—El tomo ciento noventa y seis de la Enciclopedia del Metodismo de Walter Goetz.

Fingió echar una ojeada golosa hacia las altas vitrinas

conteniendo voluminosas y anticuadas enciclopedias. La frivolidad y aburrimiento que emanaban aquellos enormes libracos, incitaba más bien a la huida.

Tía Melba respiró a fondo para contener su exasperación:

—Tenemos en efecto la serie completa de Goetz. Vuelva otra vez. Los dos mil volúmenes de la «Bibliofan» estarán a su disposición.

Rocher ya había entrado. Dijo jovialmente:

—No voy a pagar una ida y vuelta París-Rouen para satisfacer una consulta de cinco minutos. ¿Dónde está el bibliotecario?

—El señor Mudros viene solamente los días de conferencia e inventario y no recibe si no es previa cita.

—Estoy seguro de que él estimaría justa mi insistencia.

Ella cedió para acabar cuanto antes y fue a empujar la puerta que daba acceso a la sala de lectura.

—Siéntese. Le traigo al instante la obra en cuestión.

La decoración era también fría y austera, pero el gran ventanal del fondo abría sobre las Arcadas. Miró atrás. La mujerona teñida de rojo desplazaba una escalera rodante y comenzaba la ascensión hacia los Goetz, refunfuñando.

Aproximándose a la cristalera vio de refilón la librería en la que se afanaban los dos Gulbrich, padre e hijo. Volvía a pensar que no era un simple capricho el que había atraído al mismo punto de las Arcadas, primero a Vandam a solas, luego a Dora, y finalmente a los dos juntos.

¿Qué representaba exactamente el libro verde en todo aquel tejemaneje? ¿Era una señal de citación?

En todo caso algo había fallado en el protocolo de la cita como lo atestiguaban las tres retiradas sucesivas efectuadas por los turistas del Claridge.

Le sorprendió la silenciosa aproximación de la extraña mujer que, abrazando un grueso tomo y mirándole con densa hostilidad, preguntaba:

—¿Qué hace usted aquí?

—La vista es placentera.

—Tome su Goetz, y haga su consulta aprisa, porque tengo que irme dentro de poco.

Rocher abrió el volumen, limitándose a examinar la primera

página en blanco. Vio el pequeño escudo violeta. Dejando el libro sobre la mesa comentó:

—La «BiblioFan» debe estar liquidando sus existencias, ¿verdad?

—¿Por qué me lo pregunta?

Señaló Rocher la ventana.

—El librero del pasaje salda un catálogo antiguo ricamente encuadernado que luce el escudo de esta firma.

—Es posible. A medida que nos llegan donaciones, la falta de espacio nos obliga a ceder piezas a los revendedores.

—El viejo eslavo no quiso vendérmelo. ¿No tendría otro de la misma serie en sus vitrinas?

Dio Rocher unos pasos hacia una estantería donde, se alineaban unos veinte libros de idéntico formato en piel verde. Se interpuso Tía Melba con energía.

—¡Váyase o llamo!

—¿A quién? ¿Acaso tengo aspecto de ladrón?

—Aquí no se vende nada. ¡Váyase!

—Volveré tal vez muy pronto, para verle la cara al que solamente recibe previa cita.

Tendió Tía Melba el brazo hacia la antesala:

—La salida está allí.

Rocher emprendió la dirección opuesta, empujando bruscamente una puerta lateral. Entró en una sala poco iluminada, acolchada con pesados cortinajes rojos y hermosos tapices persas.

Al fondo a un lado de la cortina semiechada, tras una mesa despacho estilo Luis XV vio a un individuo obeso, de tez amarillenta, que semejaba un sapo con facciones orientales.

Que se presentaba amablemente.

—Soy el director de «BiblioFan», Makario Mudros. ¿Qué desea?

Ostentaba una apacible sonrisa que ocultaba en aquel momento un furor homicida.

—Soy un terco curioso. El catálogo que se ha negado a venderme en la librería Gulbrich lleva el sello de esta institución.

—Es muy posible. ¿Y...?

—Su «BiblioFan», es una institución fantasma olvidada por los chochos que la fundaron y por un ministerio que continúa pagando por descuido el salario de las mujeres de faena. Pero pienso que esta biblioteca constituye un escondite ideal del que se podría

aprovechar un hombre muy rico y sin escrúpulos.

El Buda se limitó a bajar los párpados acentuando su expresión de indiferencia y bondad:

—No soy ni lo uno ni lo otro.

Su brazo descansaba sobre un cajón abierto. No lo suficiente, porque el silencioso de la automática duplicaba su largura. Tendría que sacar muy velozmente y todavía no podía adivinar si el polizone llevaba su arma bajo el sobaco izquierdo, sobre el ombligo o la cacha derecha.

Felizmente, Tía Melba vigilaba atrás y Mudros veía ya la matraca que ella estaba deslizando hacia abajo en la manga de su chaquetón de abrigo.

Expuso Rocher:

—Usted es a lo mejor un maníaco de las enciclopedias, lo cual explicaría su instalación aquí. Pero yo pertenezco a un mundo distinto, donde se pierden horas en resolver problemas sin pies ni cabeza que no tienen nada que ver con el contenido de sus vitrinas. Por esto mismo, tengo la certeza de que mi posible pregunta no sabría contestarla.

—Inténtelo de todos modos.

—¿Quién es el comprador del libro verde? El que lleva su escudo y que no me han querido vender los Gulbrich.

—Muy sencillo. El comprador soy yo.

Desconcertado, se rascó Rocher la sien con la boquilla de su pipa apagada:

—Ahora sí que todavía comprendo menos el problema.

—No hay problema alguno. Este catálogo nos fue robado el mes pasado en la sala de lectura. Supongo que el libro pasó de librero en librero hasta que esta misma mañana lo descubrí por casualidad al pasar por las Arcadas. Gulbrich acababa de comprarlo junto con un cesto lleno de rarezas similares. No se opuso a devolvérmelo con un beneficio moderado.

—Si el libro es suyo, ¿por qué lo deja allí? Cuando pago mi tabaco, me lo llevo.

El Gran Mayor de la organización de falsificadores mostró toda su dentadura postiza en amplia sonrisa:

—Gulbrich es también muy curioso, como usted. Quería saber, por capricho lo que le hubiese podido producir la reventa del libro

robado. Al medio día, una anciana le ofreció hasta doscientos cincuenta francos.

—Yo en su lugar, señor Mudros, no lo hubiese dejado allí abajo. Podrían robárselo por segunda vez. Buenas tardes.

Sentado tras la carabina, Jarnac se bajaba las mangas, sin dejar de acechar la librería Gulbrich Entrando con Flambel inquirió Denis:

—¿Sin novedad?

—Se habría enterado de la novedad, viéndome salir como un cohete, tras el estampido. El libro verde sigue siempre en su sitio.

—No puede tardar en venir el hombre señalado.

—Durante su ausencia, el libro tentó solamente a un vagabundo buscando el calor de las Arcadas. El desgraciado se disponía a deslizar el libro verde en su morral, y me puso en apuros. Por suerte, acudieron los yugos a tiempo y el vagabundo se largó. Si el andrajoso se hubiese salido con la suya pensando cambiar el libro por un litro de tintorro, ¿cuál era mi obligación? ¿Zumbarle un balazo o dejarle irse con su botín?

La pregunta de Jarnac iba dirigida a Denis, pero fue Flambel el que, riendo, afirmó:

—He aquí el dilema que nos tiene resecos de angustia veinte veces por hora. Su contratante, Denis, no sé alegraría creo yo haber pagado tan caro la pelleja de un vagabundo o de una anciana caprichosa. Y éste es el riesgo que corremos si aplicásemos su consigna al pie de la letra. ¿Conoce usted al siniestro imbécil apodado Gran Mayor? Me gustaría horrores hacerle tragar el cañón de la «Skoda».

Secamente repuso Denis:

—El alto jefe que nos emplea nunca sale de su anonimato. Yo solamente trato con suboficiales que esconden sus rostros hasta las cejas.

Jarnac en pie, revestía su chaqueta y canadiense, mientras Flambel se arrodillaba tras la carabina.

Inquieto, manifestó Denis:

—¡Ey, Jarnac! Suponía que habíamos llegado a un acuerdo. ¿A dónde piensa ir ahora?

—A la cantina más cercana de Intendencia civil, mi capitán. Otro detalle que se le pasó por alto. La tropa come, ¿sabe? Y bebe.

Debió pensar en ello antes de apostarnos en este bunker sin provisiones. Debió prever el mando que nos pasaríamos una jornada entera acechando a un remolón, que por las trazas, se lo piensa mucho en recoger su libraco.

—Saliendo de aquí, cometerá una imprudencia.

—Yo solamente le enseñé la cara a la rubia del visón. Usted arriesgó mucho más al venir aquí.

Intervino Flambel:

—Oye, Jarn, de paso traeme pitillos.

El exoficial legionario no se atrevió a protestar. Le inquietaba la excesiva propensión a la guasa que estaban mostrando sus dos tiradores de élite.

Jarnac pasó al recibidor. En su armario, Beyuls comenzaba nuevamente sus soliloquios, pero eran todavía un susurro tembloroso.

En el corredor, muy iluminado, no había nadie. Resonaba la actividad de los despachos. Se dirigió a la escalera con paso tranquilo, saboreando con delicia aquellos primeros segundos de libertad.

Llegaba al fondo cuando un hombre surgiendo de pronto del penúltimo despacho tropezó con él. Retrocediendo un paso, dijo Rocher:

—Escúseme.

—No hay de qué —afirmó Jarnac sonriente.

Había reconocido al comisario que también montaba guardia en las Arcadas. El alcohol ingerido le incitaba a un alegre optimismo. Bajó las escaleras, pensando que no le disgustaría ver un tumultuoso remate al lío, en una batalla campal oponiendo al tuerto, a Vandam, a los libreros y al Gran Mayor por fin bajando de su Olimpo desconocido.

En el *snack* eligió dos frascos, uno de tinto, otro de coñac, una cajita de chicharrones, medio pollo en gelatina y un cartón de tabaco.

Le abrió la puerta del 22 el propio Denis, ya que Flambel seguía tras la carabina.

—¿Es que perdió la llave? —quiso saber Denis.

—Tuve que tocar el timbre con el codo. Llevo los brazos ocupados por la ración doble.

—Se ha exhibido usted mucho —gruñó Denis—. El policía del abrigo castaño y la pipa le siguió como un sabueso mientras entraba usted en el súper del *snack*.

—A mí no me pillaré. Tengo solamente una bota es este despacho. La otra está ya preparándose a coger el expreso vía la costa italiana.

Señaló con la barbilla sus envoltorios:

—¿No quiere soplarle un trago, Denis? Vamos, sin cumplidos. No quisiera que me guardase rencorillo.

Denis le hizo seña de callar y abrió bruscamente la puerta.

El comisario Rocher estaba en el dintel, mordiendo su apagada pipa, y pensativa la expresión, comentó:

—Parece hallarse a gusto en este antro. ¿Dónde está Beyuls?

Replicó Jarnac sonriente.

—Terminando la limpieza en el despacho. Es un, maniático de la higiene el viejo Geo.

—¿Y usted quién es?

—Lo mismo le pregunto a usted, señor.

—Me llamo Rocher.

—Yo soy el secretario de Geo Beyuls, Yo le reemplazaba a sus largos viajes, y ahora nos disponíamos a festejar su regreso sano y salvo. Si le apetece, pase adelante, Rocher. Habrá para todos.

Jarnac mostraba los paquetes que había dejado en el diván y empuñaba un frasco por el gollete. Pensaba, qué si era necesario tendría que alojar al policía justo con el empresario.

El comisario Rocher tenía una excesiva seguridad en sí mismo, para sospechar ninguna amenaza en aquel guapo muchacho descarado. Dijo:

—Tengo la impresión que me toma usted los rizos, joven.

—No veo la razón, aunque si debo hacerte observar que ha irrumpido usted sin ser invitado que sepa yo.

Denis estaba inquieto. Su condición de supuesto visitante le impedía intervenir en el debate. El desesperado deseo de salir de aquel avispero le facilitó una maniobra de diversión del enemigo.

—Me voy. Recuérdele al señor Beyuls que las artistas ensayarán esta noche a las once. Que no lo olvide, sobre todo. Contamos con su presencia y la de usted.

Con su bastón blanco fingió tantear hasta la puerta abierta. Las

sospechas imprecisas de Rocher se esfumaron y volvió a cuidarse de «su» ciego:

—Le acompañaré hasta abajo.

Denis ya había soportado aquella experiencia media hora antes. Se sacrificó con tal de desviar al policía pegajoso que rondaba tan de cerca el puesto de sus tiradores de élite.

Bajaron en silencio hasta el rellano inferior, como dos buenos amigos cogidos del brazo, aunque la presión que sentía en el suyo, le producía a Denis la triste visión de unas rejas de calabozo.

Rocher solamente soltó a su prisionero circunstancial en la salida exterior de las Arcadas.

—¿Está seguro de encontrar su «metro»?

—Sí, gracias. Voy a tomarlo a dos pasos, a la estación Vanves.

Rocher lo vio desaparecer a progresiva velocidad y le dejó algo pensativo aquella repentina rapidez en un invidente. Se aproximó al coche, donde informó Prevost:

—Calma chicha, jefe. Vandam y su rubia no han abandonado la habitación ni han recibido llamadas telefónicas.

Miró Rocher la hora. Pasaban de las seis. La emisora del coche continuaba gargajeando mensajes sin importancia. Preguntó:

—¿Dijo algo nuevo el Estado Mayor?

—Siempre lo mismo. Guardar contacto y hacerse ver lo menos posible. Resulta cómico, jefe. Desde las nueve de la mañana somos los únicos muy visibles.

—Regreso a las Arcadas Tarde o temprano Vandam irá a recoger su paquetito.

CAPÍTULO XIV

Tía Melba calmó a Mudros:

—No hay que perder la serenidad, querido. Esperemos al Mayor. Si el asunto parece ponerse peligroso, telefonearás el «sálvese quien pueda» al despacho del empresario, y nos marcharemos por la calle Nogent. ¿Conoces al tuerto?

—Nunca le vi al muy imbécil. No veo como podría remontar hasta la «Bibliofan».

—Bien que supo remontar el polizonte. ¡Vaya idea más genial que tuviste al colocar este cochino catálogo entre las patas de los Gulbrich!

—Era necesario un punto de referencia bien visible para el enviado de Raven, pero sin interés para la clientela habitual de los Gulbrich.

Rezongó Tía Melba:

—No cabe duda que acertaste, cariño. Tu libro verde atrae a la gente como moscas al vino. Hasta un vagabundo y todo. Le podían haber volado la cabeza si Zarko no lo sorprende a tiempo. No cabe duda que tu idea ha sido genial, recontra.

—¡No trates de apartarte del tema importante! El policía subió porque en el libro estaba el escudo de la «Bibliofan». Sin embargo, lo elegí como los otros encuadernados en verde porque estaban sin sellar. Ayer noche mismo, lo comprobé una vez más antes de entregarlo a los Gulbrich.

—Entonces, no busques más, amor mío. Fue uno de los dos yugos quién estampo el sello, con o sin intención. Por suerte, el tuerto ya tiene la dirección de los dos bandidos yugos. Oye, todavía estás a tiempo de dar orden de cese el fuego.

Asestó Mudros puñetazo en la mesa:

—¡No! No quiero dejar vivo a este cretino de Vandam con la policía vigilándole. El riesgo sería mucho mayor y lo perderíamos

todos.

Echó ella un vistazo hacia abajo. Y anunció:

—Por fin. Ahí viene nuestro Mayor.

El Mayor contorneaba el supermercado anexo al *snack*. Vio que el libro verde seguía en su sitio. Había para desesperarse. Estaba deseando no hallarse allí en el momento del disparo y, sin embargo, la mala suerte parecía cebarse en él, desde la muerte accidental de Raven que había sido su padrino para que ingresase en la organización «Bibliofan».

Estaba temiendo la acogida de Mudros pero éste le recibió plácidamente:

—Tardaste mucho. Pensábamos que habías desertado. ¿Qué pasó?

—Denis había elegido otro bar para nuestra cita —mintió el Mayor—. Pero todo ha quedado ya arreglado en lo que concierne a los Gulbrich. Le entregué la cantidad a cuenta y me prometió que vendría a darles las nuevas órdenes a sus muchachos. Debisteis verle pasar...

Rugió Tía Melba como una leona enfurecida:

—¡Y tanto que le vi pasar! Tu tuerto es un solemne idiota. Se hace el ciego tan de veras que se metió entre las zarpas del polizonte que revolotea por las Arcadas como un cuervo.

Ladró Mudros:

—¿A dónde han ido los dos, ciego y polizonte?

El Mayor afirmó:

—No hay peligro. El policía solamente pensó en ayudar a un inválido. Denis quedó libre al salir de las Arcadas y se encontró conmigo en la estación del «metro» como convinimos. Todo va bien, sus hombres han quedado avisados y el entierro de los Gulbrich tendrá lugar mañana mismo.

Tía Melba miró su reloj:

—Los Gulbrich cierran a las siete. No queda mucho tiempo. Es posible que el belga se presente en el último momento, pero ¿y si se raja de nuevo?

—Nos mudaremos de aires lo más pronto posible, cada uno por su lado con sus ahorros.

Con el pulgar señaló Tía Melba por encima del hombro:

—¿Y los dos tiradores, qué?

El Gran Mayor declaró categórico:

—No quiero ni que oigan el sonido de mi voz. Tú mismo, Mayor, les telefonarás para que desmonten el arma y se vayan. A las siete en punto. ¿Dónde estará escondido este condenado Vandam?

Dyrk Vandam bajo el edredón exhalaba los últimos vapores alcohólicos.

—Nadie te conoce en París, Dora mía, y es imposible que la policía francesa esté informada de mi cita secreta con un libro. Si vas a recogerlo de parte del tío Chil, asunto terminado.

—Creí que tras roncar tres horas estarías decidido a dar los cuarenta pasos que te separan de las Arcadas, chatín.

Reclinándose en los almohadones, gimió Vandam:

—La fortuna nos tiende los brazos y te niegas a recogerla. Un simple paseíto y te ganas veinte mil limpios.

—Ni hablar.

—¿Cuarenta mil?

—¡Voy!

Revistiendo su visión advirtió Dora:

—Soy una chica honrada yo. Si me pasa cualquier cosa, recuérdalo, Vandam. Pasarás tú del Claridge a la cárcel.

Ya en las Arcadas, Dora fue mirando muy lentamente escaparates. Trataba de pensar que a ella no le pasaría nada. El guapo moreno que la aconsejó no sería capaz de hacerle daño a ella.

Jarnac y Flambel acababan con el fondo de la botella de vino. Ya no se tendían por turnos tras la carabina. De vez en cuando echaban un vistazo.

Hacía ya diez minutos que la muchedumbre se retiraba de las Arcadas con el movimiento natural de una marea. La librería iba vaciándose en sus estanterías, cuyo contenido transportaban los Gulbrich al interior. El libro verde seguía en su sitio, muy destacado. Comentó Flambel:

—Tardaré en olvidar esta jornada.

—¿Qué esperas para desmontar la carabina? Los libreros ya están recogiendo todo el género.

—Pero el dichoso libro sigue a la vista. No abandono el puesto hasta que los dos libreros no se lo lleven dentro. Ya no pueden

tardar mucho.

—Yo me voy —afirmó Jarnac enfundándose en la canadiense—. Ya sabrás encontrar la salida sin mi ayuda.

—¡Ey! ¿Y el asunto de esta noche? ¿Los dos Gulbrich?

Señaló Jarnac el *stand*:

—Los tienes a tiro, si tanto ansias disparar. ¿Para qué helarte las narices hasta la medianoche en una alameda de las afueras? Si quieres mi opinión, tengo la seguridad completa que este asunto no tiene nada que ver con el contraespionaje. El tuerto nos ha engatusado.

—También lo sospecho. Pero a mí me da igual, con tal de cobrar. Oye, podríamos montar los dos el negocio independientemente, prescindiendo del tuerto.

—No, gracias, prefiero criar gallinas. Ya he comprado una granja por los alrededores de Nápoles. Si quieres, ahí tendrás parte en los beneficios.

—Me aburriría mortalmente. Yo necesito vivir peligrosamente.

—Yo me harté.

—Pues encantado de haberte conocido. Pásame el frasco. El de coñac.

Y tras beber un largo trago recuperó Flambel la posición tendida de tirador al acecho.

—Adiós. No te duermas sobre la culata, Flamb...

—Adiós, granjero. Suerte con los huevos napolitanos. En el recibidor un último escrúpulo le detuvo. Abrió un poco la puerta del armario para darle aire al prisionero que seguía sumergido en plena pesadilla.

—... Y una multa de mil a *miss* Balkanes por sacarle la lengua a los bomberos durante el desfile.

Al atravesar el patio del zaguán del 65 de la calle Nogent, le sorprendió a Jarnac ver la portezuela de un coche azul abrirse de pronto.

Al interior había un bastón blanco sobré el asiento y las gafas negras de Denis destallaron por reflejos de la luz de la escalera. El motor se puso en marcha. Preguntó Denis:

—¿Ya está? ¿A qué espera Flambel para retirarse?

—Nadie se presentó. Los libreros recogen su mercancía. Flambel ya no me necesita.

Denis salió del coche y agarró a Jarnac por las solapas de su canadiense:

—¡No admito deserciones!

—Cuidado, general Me he dado cuenta que signes creyéndote en plena guerra. Quítame las manos de encima.

—Vas a subir inmediatamente. Y esta noche irás.

—Vete al cuerno.

Jarnac se desprendió dando un empujón que hizo sentarse a Denis al interior del coche, sobre la alfombrilla.

El chófer volvió el rostro, ordenando:

—Haga lo que le ordenan. Soy yo el que conserva el dinero hasta cumplimiento de la misión. Si alguno de vosotros falla, será pagado con...

Pero Jarnac no le escuchaba. Había tomado el único camino posible para evitar un posible balazo por la espalda. El de las Arcadas.

Con una agilidad sorprendente, el tuerto le perseguía.

Jarnac logró parapetarse tras una columna cercana a la bóveda de la otra salida. Las tiendas iban cerrando.

Y de pronto al otro lado de la columna apareció lentamente Denis, congestionado de furor. Jarnac sonreía agresivamente.

Masculló Denis:

—Vas a subir conmigo.

—Esta mañana acepté por compasión. Ahora me empiezas a molestar.

Denis iba a replicar violentamente De pronto se puso rígido y dando media vuelta desapareció en medio de los escasos paseantes que salían por la calle Nogent.

El comisario Rocher se detuvo ante Jarnac:

—¿Jugaban al escondite? Yo creía que había complacido al medio ciego ofreciéndole media docena de negras acrobáticas. ¿Qué quería ahora?

—Otra media docena, pero de piel blanca. Se imagina que Geo Beyuls tiene el armario relleno de artistas. Fruncido el ceño, indagó Rocher:

—¿Sabe usted quién soy?

—No es difícil adivinarlo. Apostaría a que pertenece usted a la policía.

—Ganó. Y por cierto, pediré a mis colegas de la Social que presenten sus respetos a su patrón. Por tratante de blancas disimulado. A propósito, espero que ya habrá terminado su limpieza.

—Supongo que sí. Yo mismo inicio otra limpieza conmigo mismo. Ya no me interesa el secretariado del empresario Beyuls.

—Bien hecho. Una retirada a tiempo es lo más indicado. Buenas noches.

Tras la cortina, Mudros veía un horizonte casi despoblado. Apremió Tía Melba:

—Se acabó. Vámonos ya de una vez. Si seguimos aquí cabe la posibilidad de que la policía nos atrape a los tres...

Resonó el teléfono y al oído de Mudros graznó la voz del viejo Gulbrich:

—¿Sabe la hora qué es? El plazo fijado por Raven a su comprador acaba de expirar. ¿Qué hago?

—Aguarde cinco minutos más. Deje en su sitio visible el libro verde.

Colgando malhumorado manifestó Mudros:

—Llegó la hora del cierre para todos.

—Hasta pasa el policía. Ya no está —comentó Tía Melba.

—¿Yo qué hago ahora? —quiso saber el Mayor.

—Telefonea al despacho de Beyuls y diles a los dos tiradores que se vayan. Supongo que el tuerto les espera en el coche.

—Todo está listo para la retirada. ¿Y luego?

—Regresas a tu casa y no te muevas durante una semana. Te enviaré instrucciones desde Portofino.

En la puerta preguntó Tía Melba:

—¿Salimos por Nogent?

—No. No quiero que me vea el maldito tuerto. Con un solo ojo podría adivinar de donde procede su último, contrato. Por otra parte, quiero decirles dos palabras a los Gulbrich. Espérame en la esquina de Nogent, con el coche.

—¿Para qué quieres hablarles?

—Antes de tomar el avión, quiero que los Gulbrich se den cuenta que van a morir.

Dora seguía sin atreverse. Y fue poniéndose más nerviosa al

contemplar cómo se iba vaciando de gente las Arcadas.

Y allí estaba el libro verde simbolizando la fortuna. Se decidió. Correría el riesgo. Una mano enérgica la retuvo por un brazo. Sobresaltada chilló ella.

—Suélteme o chillo.

—Y acabaremos los dos en una comisaría.

Reconoció ella al guapo moreno del despacho 22.

—Este lugar es poco saludable. Te aconsejé que no volvieras.

—¿Y a dónde voy a ir si abandono a Dyrk?

—Dyrk esta noche morirá o irá a la cárcel. ¿Cómo te llamas?

—Dora.

—Hazme caso. Ven conmigo.

Dócilmente se dejó ella enlazar por el talle. Pasaron bajo la bóveda de salida.

El agente Prevost intercambió una mímica con su jefe. Rocher siguió haciéndole señales de que acudiese.

—Olvida la rubia. Vete a vigilar al gordo que ronda ahora la librería. ¿Lo ves?

—No es Vandam, jefe.

—Ya lo sé. Se llama Mudros. Vigílale con discreción.

En la librería Zarko Gulbrich tocó con el codo a su padre:

—Ahí viene nuestro expatrón. La ceremonia de adiós no será larga. Trata de adivinar si piensa hacemos ejecutar.

Deteniéndose ante la estantería con el libro verde manifestó Mudros:

—Demostraron mucha prisa por cerrar hoy.

—Mañana mismo venderemos esta librería que sólo nos trae quebraderos de cabeza.

Sonrió Mudros:

—Yo me voy por algún tiempo. A mi regreso, ¿quién sabe? Tal vez volvamos a trabajar juntos. Es hora de despedirnos.

Zarko Gulbrich tendió unas llaves:

—Esta noche no regresamos a la casa que usted nos alquiló en el barrio oeste. Es demasiado húmeda para nuestra salud. Papá y yo iremos a un hotel cualquiera.

Rabioso cogió Mudros las llaves. Iba a irse cuando alguien le retuvo por la manga.

El comisario Rocher sonreía socarrón:

—Se olvida usted de algo muy suyo, señor Mudros. Precisamente hablamos de ello no hace mucho.

Señalaba el libro verde abandonado en la estantería como un objeto sin ningún valor.

Tras la cortina, Flambel abría el estuche de máquina de escribir, disponiéndose a desmontar la carabina. Para acompañar su soledad monologué en voz alta:

—Vaya día más estúpido, tendido en una alfombra, encañonando un puerco libraco.

Repicó el teléfono. Pero Flambel desdeñó la llamada porque acababa de ver algo interesante. Se tendió tras la carabina:

—Vaya, vaya. ¿De dónde saldrá esta montaña humana? Su cabeza rellena exactamente el lente.

El teléfono seguía repicando estridentemente.

Flambel no podía atender la llamada. Había aplicado la mejilla en la culata:

—Vaya. Ahora discuten el poli y el gordo por el libraco. Cómo es lógico, el poli no quiere el libro. Lo coge delicadamente entre el pulgar y el índice como si fuera un paquete de inmundicias. Y lo ofrece al gordo. Y lo coge. Se lo va a llevar bajo el sobaco ¡Que no, que no te lo llevas, hombre! La consigna es la consigna.

Presionó el gatillo. Vio al enorme desconocido desplomarse sobre la estantería levantando una nube de polvo.

El teléfono seguía sonando. Lo descolgó para con la otra mano ir desmontando el arma. Una voz meliflua dijo a su oído:

—Váyanse inmediatamente por la salida de Nogent. Denis les espera en el coche azul. La misión la cumplirán en otra oportunidad.

Riendo a carcajadas replicó Flambel:

—¡Misión cumplida, Gran Mayor! Acabo de fulminar a su hombre con una trufa en plena nuca.

Colgando, el Mayor corrió a colocarse en una esquina del ventanal. Vio gente agrupada. Y la masa inerte de Mudros.

Corrió en sentido inversa Hacia la calle, hacia la seguridad lejana.

El Mayor deseaba recuperar cuanto antes su personalidad normal de ratero de poca monta. Por el camino se quitó las falsas condecoraciones.

Al pasar ante el Claridge se cruzó con un hombre rubio y gordo que salía del hotel.

Dyrk Vandam llevaba media hora esperando y temía lo peor. Había coches patrulla llegando ante la bóveda de las Arcadas.

Vandam prefirió perder para siempre el dinero y a Dora. Emprendió la huida. Seguido por un agente que hizo señal a dos coches esperando.

El agente Prevost aguardaba órdenes del comisario Rocher. Dijo:

—Bebert acaba de decirnos que el belga se ha ido.

—Ya se ocuparán de él en Bruselas. A nosotros nos basta con los dos libreros y el muerto.

—¿Quién disparó, jefe?

—Desde cualquier despacho allá arriba.

Unos colegas se ocupaban ya del muerto y de interrogar a los libreros.

El comisario Rocher subió directamente al despacho 22. La puerta estaba abierta. Igual que la de «BiblioFan».

En el armario, Geo Beyuls, vociferaba pidiendo auxilio.

El agente Prevost le quitó la cuerda. Preguntó Rocher:

—¿Quién es usted?

—¡Soy Geo Beyuls! ¿Qué hago yo aquí dentro de este armario?

—Esto es lo que quisiera yo saber.

Comprobó Rocher su identidad y escuchó receloso el relato.

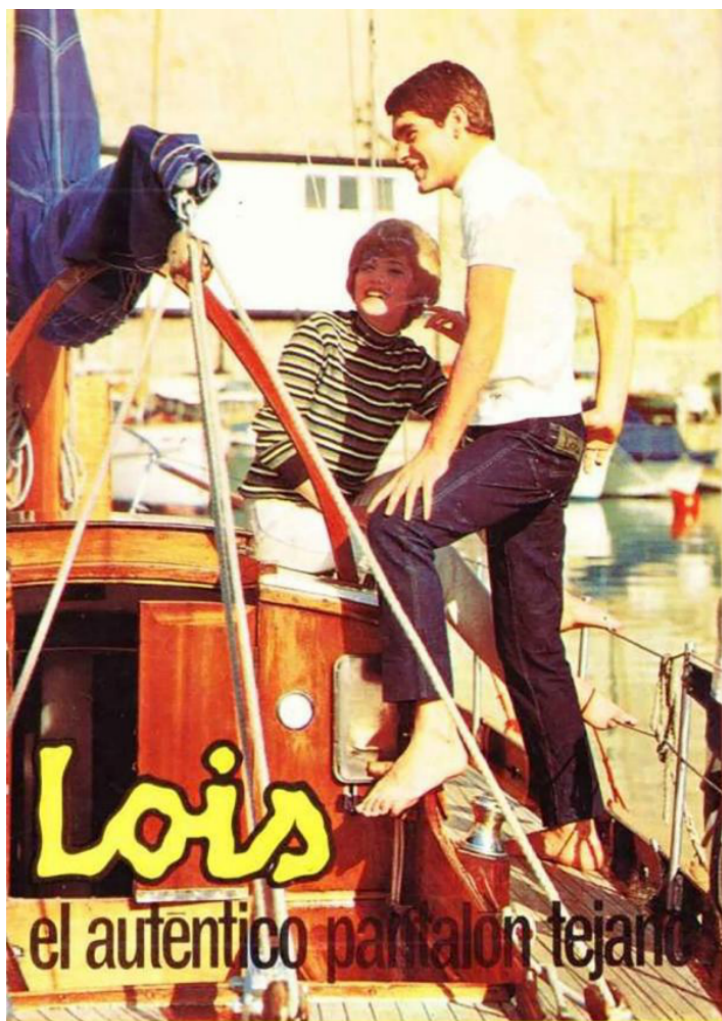
Al terminar, dijo Rocher cansinamente a Prevost:

—Llévatelo a declarar con los otros.

Agotado, el comisario Rocher dejó para el día siguiente intentar ver con mayor claridad en los acontecimientos de aquella jornada que nunca olvidaría y durante la cual tanta gente había rondado junto a un libro que suponía la muerte para el imprudente que intentase llevárselo.

Un misterio que ya tenía completamente sin cuidado a Dora Coumans y Max Jarnac que, en el expreso hacia Italia, forjaban una nueva existencia tranquila porque ya no se sentían infinitamente solos.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

